LOS VENCEDORES
DEL FUEGO

LOS VENCEDORES DEL FUEGO

REVISADO POR LA
CENSURA GUBERNATIVA

J. HORTA, impresor - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono A-4423

LOS VENCEDORES DEL FUEGO

EMOCIONANTE PELÍCULA AMERICANA

Producción METRO-GOLWYN-MAYER

EXCLUSIVA DE

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220

BARCELONA

ARGUMENTO NARRADO POR JORGE RUEN

INTÉRPRETES

MAY MAC AVOY

EUGENIE BESSERER

CHALES RAY

HOLMES HERBERT

TOM O'BRIEN

W. P. RICHMOND

ETC.

LOS VENCEDORES DEL FUEGO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Los ejércitos de la paz

La locura de la humanidad es incurable...

Millones de seres no tienen más objetivo en sus vidas que la conquista de la gloria...

La humanidad, aunque por distintos derroteros, va dando tumbos hacia el mismo fin: alcanzar los favores de la gloria, de esa diosa enigmática, que merece como la otra—la Fortuna—el calificativo de Veleidosa...

Va zigzagueando la senda de la vida, cuesta arriba entre zarzales y precipicios hacia el supremo ideal... Llegar es lo que cuésta... ¡Cuántos se quedan en el camino!... ¡Cuántos no llegan a gloriosos y a triunfadores y se contentan con el ampuloso calificativo de héroes, con el apelativo lloroso sobre la osamenta de sus cadáveres tendidos cara al sol en el camino!...

Generalmente no sabemos ver a la gloria, más que coronada de humo, tocada de sangre, aromada por la pólvora, danzando al compás de la metralla...

Es un error...

La gloria no se encuentra únicamente en los campos de batalla, entre los toques de corneta, el estampido del cañón y el batir de las cajas de guerra...

La paz tiene también sus ejércitos aguerridos, no menos valerosos y abnegados, protectores, sino de la Nación, de sus componentes... millares de héroes que marchan siempre adelante por aquella senda tortuosa y empinada que conduce al encuentro de la diosa intangible...

¡Ejércitos de la paz!... De ciudad a ciudad, de mar a mar... Más humanos, más caritativos, porque no buscan la muerte, no acarrean la destrucción... Al contrario su gloria es salvar, evitar dolores, enjugar lágrimas...

¡Benditos ejércitos de la paz!..

Ejércitos que nunca se desbandan, movilizados siempre, a todas horas, en todo momento hacia un conflicto que no termina nunca, que es eterno, que puede estallar en cualquier instante...

Sus soldados duermen siempre arma al brazo, esperando ser útiles... Las vidas de los hombres, sus hermanos, están siempre en peligro...

Y cuando vuelven de la lucha, cuando regresan vencedores a sus cuarteles, no empuñan las armas tintas en sangre, no se reparten botín, no atruenan los aires sus cánticos de victoria...

Vuelven calladamente, silenciosamente, humildemente... con la única satisfacción del deber cumplido...

Vuelven para volver a salir al campo de batalla al minuto siguiente, con la misma abnegación, con el mismo desinterés...

¡Son así los ejércitos de la paz bendita!...

. . . . . .

«Cantando, el bombero olvida
su contradictoria suerte,
que es salvar de otros la vida,
sin temer su propia muerte.»

Este era el cantar que servía de lema a los sufridos bomberos de la ciudad de Nueva York.

En la sección tercera, de la gran urbe cosmopolita, el Cuerpo de Bomberos contaba con un edificio monumental para albergue de aquella falanje de salvadores de lo ajeno.

Desde los antiguos carros de tracción animal, hasta los potentes automóviles que puso el progreso a su servicio, en aquel parque gigantesco había acumulado el Ayuntamiento neo-

yorquino todos los útiles necesarios, todas las máquinas de guerra para aquella batalla diaria y gigantesca contra los ejércitos del fuego, siempre temibles y siempre traidores, acechando siempre en la sombra, dispuestos a devorar vidas y riquezas.

En sus grandes patios, bajo la dirección de los bomberos más antiguos, se adiestraban nuevas generaciones de héroes anónimos...

Era el jefe de aquella tercera Sección el viejo O'Neil, el más antiguo en el servicio, tronco de tres generaciones de bomberos. Su familia desde tiempo inmemorial parece a haber hecho un pacto de alianza con el fuego y contra el fuego...

A su lado, ocupando el cargo de portero de la sección, estaba el veterano Pierna de Palo, un inválido de aquella batalla sin fin por el bien de los semejantes.

El y el abuelo, han sido compañeros por muchos años y ahora y siempre han sido y son amigos del corazón... lo que no impide, que gruñones ambos por la edad, anden siempre refunfuñando y tirándose los trastos a la cabeza, como vulgarmente se dice.

Recuerdan sus glorias pasadas y se mofan de continuo de los nuevos reclutas, de los aprendices a héroe ignorado, de los nuevos candidatos al sacrificio perenne.

Precisamente aquella mañana, el abuelo O'Neil, se entretiene pacientemente en enseñar a la última hornada, un pelotón de muchachitos imberbes, que rabian por vestir para algo práctico sus uniformes de botones dorados y recorrer a toda marcha las calles de la ciudad ante el asombro admirativo de las gentes, que para ellos va siempre acompañado de un alarido de terror...

Y claro, Pierna de Palo, no puede desde su asiento contener las pullas para su amigo, y los dicterios para los aprendices.

También O'Neil se impacienta con la torpeza de los reclutas...

En la rapidez en el vestirse, en acudir a los toques, en alinearse, en gatear por las escaleras interminables, en cada operación complementaria, halla un defecto, un movimiento censurable.

Y por fin estalla su mal humor... Forma a la gente tras la cadena y les dice, furioso:

—¡Vosotros, mequetrefes, sois

los reclutas más torpes que he conocido en toda mi vida!...

Y Pierna de Palo interviene burlón...

—¡Vamos a ver, abuelo, si los instruyes bien!... ¡De lo contrario, qué dirían de un maestro como tú!... ¡No... y tiempo ya tienes para ello!... No parece sino que los educas para cangrejos... Cada día saben menos...

—¡Yo les tengo enseñado más de lo que tú nunca has sabido... cascarrabias!... —exclama indignado el abuelo O'Neil, mientras los aprendices se miran unos a otros sonriendo maliciosamente.

Les divierten las escaramuzas dogmáticas de los dos viejos, siempre amigos y siempre discutiendo.

Pero a Pierna de Palo, cuando se pone en plan de dómine, no hay O'Neil capaz de hacerlo callar:

—¡Pues no te pavoneas tú poco desde que el municipio cometió la debilidad, la solemne tontería, de nombrarte jefe de esta sección de bomberos!...

O'Neil, al oír aquel *insulto* intolerable, se revuelve airado y parece materialmente escupirle al rostro estas palabras:

—¡Calla la boca, pedazo de atún... mal-andado!...

—Si no fuera porque... te tiraba la pata a la cabeza...

—¿Qué vas a tirar tú, mastuerzo?...

Los dos viejos han llegado al paroxismo de la indignación y parece que van a comerse con los ojos...

Pero no pasa nada; ha intervenido para apaciguarlos Tomás O'Neil, el nieto más joven del jefe de la tercera sección, un nuevo recluta del Cuerpo de Bomberos... y perteneciente a la tercera generación de una familia de héroes.

El muchacho es algo así como unas castañuelas animadas... En su boca florece a todas horas la sonrisa, y además... ¿y cómo no?, es el niño mimado del abuelo.

—Vamos, abuelo, que no se diga...—interviene conciliador.

—¡Si es que ese pata de palo es un parlanchín!...

—¡El parlanchín eres tú!...

—¡Tú!...

—¿Pero van ustedes a empezar otra vez?...

—Es que a mí ese tío...

—¡Oye, eso de tío!...

Y quizá se hubieran enzarzado de nuevo y el patio del cuartel se hubiera convertido en un campo de Agramante si en aquel momento no acabase

con todas sus discusiones particulares el tañido de una campana, que sonando sobre sus cabezas les hacía el efecto de la espada de Damocles...

El abuelo O'Neil, se olvidó de Tomasín y de Pierna de Palo, y hasta se llegó a olvidar de sí mismo.

¡Había sonado la campana, y para un bombero el toque de la campana del cuartel era una cosa sacratísima!...

¡Fuego! ¡Fuego! Eso quería para el abuelo decir aquel bronce en tales momentos, y corriendo de un lado para otro empezó a gritar con voz de trueno:

—¡Pronto... a enganchar!...

Pero alguien se encargó de enfriar su ardor bélico... Y ese alguien fué su propio nieto Tomasín, que soltando una carcajada homérica, le dijo entre contorsión y contorsión hilarante:

—¿Pero está usted soñando, abuelo?... ¡Qué fuego, ni qué narices!... ¡Si lo que sonó fué la campana llamando a comer!...

—¿Estás seguro, Tomasín?... —exclamó el viejo aturdido.

—¿Que si estoy seguro?... ¡Como que son más de las doce... y ya oigo la voz de madre, haciendo de eco a la campana!...

—¡Uf!... ¡Qué susto me he llevado!...

Y el pobre jefe de la tercera sección de Bomberos de la ciudad de Nueva York, se enjugaba con su gran pañolón de hierbas la cascada de sudor que corría por las arrugas acanaladas de su frente.

Pierna de Palo, estaba al paño y no desperdició aquella ocasión para lanzarle otra de sus invectivas de grueso calibre:

—¡Me parece, abuelo, que si tantas ganas tienes de lucirte en un incendio, tendrás que prenderlo tú mismo!... No creo que en el Cuartel general se acuerden de llamar a esta sección, sino en caso de gran apuro. ¿No ves que saben que estás tú aquí?...

—Me parece que tiene razón Pierna de Palo, abuelo—dijo Tomasín—, y que los jefes no se acuerdan de nosotros, ni aun de que existe este barrio en el plano de nuestra ciudad...

—Pues si eso es por mí—gritó enfurecido el abuelo—, ¿sabes lo que te digo? Que antes de que dejéis de ser reclutas vosotros, aun asistiré a muchos incendios...

—Como espectador, puede...

El abuelo se revolvió furioso contra su nieto:

—¡Oye, mocoso!... ¡En cuanto lleguemos a casa me harás el favor de tragarte esa lengua... que parece un badajo de campana!...

—No le hagas caso a tu abuelo—intervino Pierna de Palo—. ¡Está completamente mochales!...

—¿Y tú, calamidad? ¿No te da vergüenza no haber llegado más que a modesto portero... y eso porque te falta una pata?...

—Más vale eso, que tener hueca la cabeza como tú...

—¿Pero van ustedes a volver a empezar?... ¡Por Dios, abuelo, que se enfría la comida!...

Aquella advertencia substanciosa produjo el efecto apetecido.

—Tienes razón—gruñó el viejo—, vamos a comer... A la tarde continuaremos, pedazo de alcornoque...

Y abuelo y nieto fueron en busca del cotidiano potaje...

II

Una familia de héroes

Tal era la familia O'Neil.

De padres a hijos se consideraba ya como una obligación sagrada el figurar en el Cuerpo de Bomberos, y en cuanto todos los varones de la casa llegaban a alcanzar la edad de la razón, empezaban bajo la dirección del abuelo a ejercer el aprendizaje de su dura obligación, esperando la fecha de ser admitidos al servicio activo.

El ama de casa, la verdadera *jefa* de aquella familia de héroes humildes, era la señora O'Neil, viuda de Patricio O'Neil, miembro honorable, que fué, de ese sufrido Cuerpo de Bomberos.

La pobre mujer vive siempre con el corazón alerta, en un puño, porque siguiendo la tradición familiar, sus tres hijos Hilario, Joaquín y Tomás, han querido seguir las huellas de su padre y de su abuelo.

En vano las lágrimas y las súplicas maternales quisieron apartarlos de aquella profesión arriesgada... Su vocación es decidida y la madre, como más débil, tuvo que sucumbir a sus deseos.

Servía en la casa en calidad de criada una muchachota recia, musculosa, fornida, pero a la que la exuberancia natural con que la adornara mamá Naturaleza, no ha impedido que tenga un humor envidiable.

Se llama Brígida y más que como a criada la tratan todos los de la familia y en especial los tres bomberos jóvenes, como una verdadera amiga, como una

hermana, como una compañera en sus travesuras y en sus juegos, que siguen siendo infantiles a pesar de los años y a pesar de la seriedad que *debía* imponerles el uniforme.

Mientras allá en el cuartel tenían lugar las cuotidianas reyertas del abuelo y Pierna de Palo, Brígida y su ama preparaban el yantar de los bomberos familiares.

La comida estaba a punto —como de costumbre— y sólo se esperaba a los comensales...

Ruido de pasos en la escalera...

El abuelo y el nieto joven...

Más ruido...

Hilario y Joaquín.

Al apercibirse de su llegada, la madre le gritó a la muchacha:

—Brígida... ahí vienen Hilario y Joaquín...

En efecto, los dos hijos mayores acababan de aparecer.

Eran dos muchachotes fornidos, rebosando salud por todos los poros de su cuerpo...

El ejercicio activo había desarrollado sus naturalezas y aunque de poca diferencia de edad, abultaban casi el doble que el pequeño Tomás...

Se notaba en ellos la misma energía de rostro que era la característica de su corajudo abuelo, aquel hombre para quien parecían no haber pasado los años y que conservaba el alma de chico a través de los reveses del tiempo.

Sobre todo, el sello de aquellos dos hombretones era la sonrisa franca y leal de los O'Neil, blasón que parecían ostentar con orgullo todos los componentes de aquella admirable familia.

Entrados en la casa saludaron afectuosamente a Brígida y fueron a besar cariñosos a su buena madre...

Era aquello un rito inquebrantable.

La pobre mujer, en cuanto hubo recibido la prueba de afecto, volvió a ordenar a la sirvienta:

—Brígida... ya puedes servir... el abuelo y Tomás están ahí...

La entrada en escena de los dos nuevos personajes fué seguida de una exclamación de júbilo por parte de los que habían llegado primero...

El abuelo y Tomasín eran considerados por los dos hermanos mayores, como lo que en realidad eran, después de todo, como dos chiquillos.

Y como a tal los trataban y sus pullas y sus guasas iban en

un caprichoso vaivén del uno al otro...

—¡Allí está el recluta Tomasín—dijo Hilario alegremente—, que siempre anda jugando como un crío!... ¡El muy grandote!...

Estas frases eran producto de la conducta que observaba el benjamín en aquellos instantes.

El y Brígida eran el perro y el gato de aquella casa... Pero dos animalitos juguetones nada más... ¡Ni se arañaban, ni se mordían!... ¡Al contrario! Puede decirse que comían en el mismo plato...

Juguetones... eso sí... hasta la exageración... Pero con gran regocijo de sus hermanos, que encontraban en sus cosas el mejor y más sano de los entretenimientos.

Hilario y Joaquín no olvidaban sus *indirectas* a la sabiduría del abuelo...

—¡Oye, Joaquín, pregúntale al abuelo si tuvo incendio hoy... y si se *quemó* él!

—¿Abuelo, sonó el alarma hoy?

—¿Y a ti qué te importa, deslenguado?—contestó el viejo empezando a amoscarse.

—Decid que sí... A eso de las doce... hace un rato, nos sobresaltó un campanillazo terrible...

—¡Granuja!...

—...parecía como si se estuviese quemando la estatua de la Libertad... ¿Y sabéis lo que era?

—¿El qué?...

—¿Cuenta... cuenta?...

—¡La campana de la comida!...

—¡Ja, ja, ja!...

Las carcajadas debieron oirse al pie de la misma estatua...

El abuelo estaba furioso... No le bastaban las burlas sangrientas de Pierna de Palo, sino que hasta sus mismos nietos querían continuar las bromas del diabólico compañero...

—¡Por vida de!...

—¡No se enfade, padre.! ¿No ve que son unos chiquillos?... —intervino conciliadora la viuda de Patricio.

—Es que ya pica en historia el que todo el mundo se crea con derecho a burlarse de mí...

—¡Chicos... chicos!...—amenazó cómicamente la madre...

Los tres bomberos adoptaron una cara de circunstancias.

Pero estaba de Dios que el pobre viejo digiriera hasta el último sorbo aquel vermut de socarronerías...

En aquel momento se acercó Brígida, la buenaza de Brígida, que acababa de colocar sobre la mesa la humeante cazuela de

ocupar sus puestos designados de antemano...

A los pocos minutos los automóviles de servicio, provistos de las largas escaleras y las mangas interminables, atronaban las calles con el alarido de sus bocinas estridentes...

. . . . . .

Entretanto en la casa de los O'Neil, la pobre madre y su hijo menor, Tomás, han oído el toque de alarma...

Aquella voz de hierro que dice peligro ha llevado la turbación a sus espíritus...

—El fuego es en los edificios de la ribera—dice Tomás—. Hilario y Joaquín tienen que asistir al primer toque de alarma...

—¡Es verdad!—contesta la madre angustiada—. ¿Será muy grande el fuego?... Voy a mirar desde la azotea...

Y mientras la pobre madre sube a lo alto de la casa, a la azotea, para mirar horrorizada los estragos del voraz elemento, Tomás corre a inquirir noticias y reunirse con el abuelo para comentar juntos aquel siniestro y esperar por si la llamada de auxilio llega hasta la Sección tercera y tienen ellos también que acudir al lugar de la catástrofe...

. . . . . .

El aspecto que ofrecían los edificios de la ribera era realmente desconsolador...

De haber sido de paja las paredes de los depósitos no hubieran ardido mejor.

Es en vano que los bomberos expongan sus vidas y hagan esfuerzos inauditos para cortar aquella tromba de fuego...

Suben las escalas a los últimos pisos... Es materialmente imposible penetrar en aquella hoguera gigante y los que lo intentan pagan con la vida su osadía...

Los nombres de aquellos héroes van a aumentar el cortejo sangriento de la gloria...

Además en el interior de aquellos edificios hay un combustible espantoso, que aumenta la magnitud de la catástrofe...

El jefe de los bomberos está desesperado... Aquel hombre íntegro, valeroso, que quiere a sus hombres como a hijos, se destroza las manos una contra otra al ver su impotencia...

Del centro de la hoguera surgen explosiones siniestras seguidas de llamaradas imponentes.

—La explosión de materias químicas ha desencadenado un verdadero infierno y así los hombres no pueden hacer nada...

Y tras unos momentos de reflexión telefonea urgentemente a los cuarteles:

—¡Mandad la escuadra provista de trajes incombustibles de amianto, pronto!

Entretanto Hilario y Joaquín han acudido como era su deber al primer toque de alarma...

Al dirigirse hacia el lugar de la catástrofe, Joaquín le dice a su hermano, emocionado:

—Hilario... antes de marchar de casa... mamá me pidió un beso... Voy tranquilo, no me ocurrirá nada...

¡Infeliz!... ¡Aquel beso que él tomaba como un buen augurio, había sido la última caricia de la pobre madre!...

¡Fué de los primeros en caer!...

Había entrado en uno de los departamentos de los depósitos...

El fuego era terrible... Se retorcían los maderos como dedos siniestros de fuego... Se oían a través del humo y de las llamas los gritos de angustia de los infelices que perecían allí dentro...

Aquello era horrible... Joaquín no pudo resistir... Estaba ciego y olvidándose de sí mismo se adentró en aquel infierno de fuego...

¡Y cayó!...

Un derrumbamiento de la techumbre lo sepultó entre los escombros... Iba a morir... ¡Y qué muerte!...

Pero Hilario le había visto entrar y gateando por las largas escaleras corrió en su auxilio...

—¡Joaquín!... ¡Joaquín!...

—¡Aquí... Hi...la...rio!...

El moribundo se esforzaba por elevar la voz...

Fué un verdadero milagro que su hermano llegara hasta él...

Cuando estuvo a su lado lanzó un grito de horror... Joaquín tenía la cabeza destrozada...

Haciendo esfuerzos inauditos cargó con él en brazos y pasando como un fantasma por entre las llamas de fuego que lamían su rostro y amenazaban tragárselo con sus bocazas rojas, llegó hasta una ventana...

Sus compañeros vieron el grupo trágico y lograron sacarlos de allí...

El pobre Joaquín estaba en un estado lastimoso...

Antes de ser llevado a la ambulancia, tuvo tiempo de decir a su salvador:

—¡Hilario... antes de marchar

de casa... hoy... besé a mamá... recuérdaselo!...

El pobre muchacho no pudo seguir... Perdió el sentido... y como un fardo, muerto ya, lo condujeron a la ambulancia...

Hilario tuvo que seguir prestando sus servicios...

Cuando ya dominado el fuego quiso acudir al lado de su hermano, le negaron la entrada...

Hilario insistió desesperado:

—¡Dejadme... dejadme!... ¡Joaquín se muere ahí dentro!...

Fué inútil... No pudo entrar y se retiró de allí con la muerte en el alma...

. . . . . .

Mientras tanto la pobre madre se desesperaba.

Sabía que había fuego... Desde la azotea había seguido sus progresos y contemplado la inmensa hoguera que formaban los depósitos construídos por la compañía White...

Temblaba por sus dos hijos, por Hilario, por Joaquín, que les sabía en aquel horno de muerte...

¿Volverían?...

En vano trataban Tomás y el abuelo de consolarla... Su angustia no cesaría más que con el regreso de los ausentes...

Tomás, que tampoco podía disimular su inquietud y su nerviosismo, cuando vió que el fuego de los depósitos estaba dominado, acudió al teléfono y llamó al Cuartel general de bomberos en busca de noticias sobre la suerte de los individuos que habían tomado parte en el salvamento.

—El Cuartel general comunica que hay algunos bomberos heridos... no cita nombres...

—¿Serán ellos?... preguntó dolorida la pobre madre.

Y las lágrimas arrasaban sus ojos...

—¡Pero, madre, no te pongas así!... ¿Quién sabe?... A lo mejor a ellos no les ha pasado nada...

—¡Tiene razón el muchacho! —dijo el abuelo.

Pero la verdad es que también Tomás, sin que pudiese explicarse el por qué, tenía terribles presentimientos.

Las horas transcurrieron lentas, interminables...

Cerca ya de la madrugada se oyeron pasos en la escalera... Era un hombre nada más el que subía...

La señora O'Neil prestó oído atento...

De pronto lanzó un grito desgarrador:

—¡Ahí está Hilario!... ¡Viene solo!... ¡Conozco sus pasos!... ¡El corazón me dice que Joaquín no volverá ya más!...

—¡Mamá, por Dios!...—empezó a decir Tomás temblando también de miedo...

Pero no pudo acabar.

En el umbral de la puerta acababa de recortarse la silueta de Hilario, que llegaba silencioso, lívido, con la cabeza tronchada sobre el pecho y la boca contraída por el dolor...

Su madre, el abuelo y Tomás no necesitaron oir la aterradora confesión para comprenderlo todo...

¡Joaquín había muerto!...

—¿Y tu hermano?...—preguntó sollozante la mártir...

—¿Y Joaquín?—dijeron Tomás y O'Neil con voz entrecortada.

—¡Muerto!... ¡Allí quedó!... ¡Pobre hermano!...

Se abrazaron en silencio... llorando... llorando sin consuelo, sin esperanza...

Por la estancia pasó riendo cínica con su boca desdentada la silueta siniestra de la Pálida...

Cuando por fin, pasado el primer momento pudo Hilario hablar, murmuró al oído de su madre infeliz:

—...sus últimas palabras fueron: «hoy... besé a mamá... ¡recuérdaselo!»

—¡Pobre hijo mío!...

Y la pobre madre echó la cabeza atrás y sus ojos velados por las lágrimas buscaron en la pared el retrato del otro muerto, del padre, de Patricio, que fué la primera víctima que dió su vida por la patria y por la humanidad formando en las filas de aquel incontable ejército de la Paz...

. . . . . .

Cuando la luz tristona del alba penetró en la reducida estancia a través de los cristales, la pobre madre atormentada, estrechaba sollozante a sus dos hijos pidiéndole al Todopoderoso que no se los quitara a aquellos también.

¡Y sin embargo nunca se atrevería a decirles que desertaran de su puesto de honor!...

IV

LA AMENAZA DEL CAPITAL

No había sido sólo Joaquín la baja causada por la muerte en las filas de los ejércitos de la Paz...

Otros cayeron y en otros hogares, otras madres infelices lloraron con lágrimas de sangre aquella escaramuza con la muerte...

Sin embargo los huecos que quedaron vacíos en las filas delanteras, fueron cubiertos por unidades de las de atrás y a consecuencia de aquel siniestro Tomás llegó a vestir al día siguiente el uniforme de bombero de número...

No fué recibida aquella investidura con el júbilo que en otra forma lo hubiera sido...

Llegaba al final de su aprendizaje a costa de la pérdida de su pobre hermano Joaquín...

Ni aun el abuelo se atrevió a felicitarle...

. . . . . .

En el Cuartel general estaba reunida la plana mayor del Cuerpo de Bomberos oyendo las explicaciones que del siniestro de los depósitos de la ribera les daba su jefe.

Rodeaban una mesa colocada en el centro de la estancia en la que se hallaba una reproducción exacta del edificio siniestrado.

Hablaba el jefe y en su voz resplandecía la indignación de que estaba poseído:

—Esta miniatura de edificio les demostrará que esos depó-

sitos de la ribera, estaban tan mal construídos por Tadeo White, que en caso de incendio eran como las trampas para cazar ratones: nadie que se encontrara dentro podía salir de allí con vida...

—¡Pero eso es horrible!

—¡Inicuo!

—¡Criminal!...

—El fuego empezó por el cuarto de la caldera. No había en todo el edificio ni un solo tabique aislador, a prueba de fuego... Empezó a arder... y la corriente hizo lo demás...

—¡Así no podemos seguir, Jefe!...

—¡Luego dirán que no servimos para nada, porque no logramos localizar esos incendios, preparados quizá de antemano!

—Cálmense ustedes, que hoy mismo voy a acudir a la Comisión de edificios sobre este asunto... Hoy precisamente se reunen para examinar las ofertas para la construcción de un Orfelinato... Yo les prometo a ustedes que o prevaldrán mis puntos de vista o dimitiré mi cargo de jefe del Cuerpo de Bomberos de Nueva York.

—¡Eso es!...

—¡Pues no faltaba más!...

—¡Y nosotros le seguiremos!...

—¡Yo no puedo consentir en llevar mis hombres al matadero!...

—¡Ni nosotros que nos asesinen a mansalva un puñado de capitalistas sin conciencia!...

. . . . . .

Aquella misma tarde se encontraba reunida la Comisión de edificios para examinar los pliegos presentados por distintos capitalistas, en el concurso abierto para la edificación de un Orfelinato Municipal para niñas pobres...

La sesión se deslizaba en calma aparentemente, aun cuando los firmantes de las proposiciones no habían dejado de hacer sus trabajos de zapa cerca de los miembros del Consejo.

Unos a otros se miraban como enemigos, porque todo aquello no era más que una lucha de capitales, y aquellos señores se preocupaban únicamente, no del objeto benéfico de la obra a realizar, sino de los miles de pesos que iban a ganar en lo que para ellos no representaba más que un negocio...

El secretario iba abriendo pliegos y dando cuenta de las ofertas, más que nada de su cuantía...

Las condiciones de seguridad, por lo visto, eran lo de menos...

—La oferta de la Compañía

Atlas, para la construcción del nuevo Orfelinato Municipal, es de un millón ochocientos setenta y cinco mil doscientos treinta pesos...

Un murmullo de satisfacción de los demás concursantes acogió la enunciación de esta cifra.

—Demasiado dinero...

—Uno menos...

El secretario siguió leyendo:

—La de David y compañía, de un millón ochenta mil trescientos treinta y siete pesos...

Al oír esta cifra, uno de los miembros del Consejo se volvió a un caballero que se encontraba a su lado y le dijo en voz baja:

—David, seguramente el contrato les será adjudicado a ustedes... No hay otra proposición más barata...

Continuó la lectura... Se había llegado al último pliego presentado a concurso.

—La de la Compañía White es de novecientos ocho mil setecientos cuatro pesos...

Se produjo un murmullo al oír la enunciación de cifra tan irrisoria para una edificación de tal importancia...

—¡Es imposible!...

—¡Por ese dinero, ni de cartón!...

—¡Esto es un engaño!...

—¡Fuera!...

—¡Fuera!...

Y lo que fué un murmullo al principio amenazó degenerar en tumulto...

El presidente agitaba nerviosamente la campanilla reclamando silencio.

—¡Orden... orden, señores, o levanto la sesión!...

Por fin cuando se calmaron algún tanto los ánimos y el silencio se hizo de nuevo, tras una corta deliberación el presidente anunció con solemnidad:

—Por ser la oferta más ventajosa, se resuelve adjudicar el contrato para la edificación del nuevo Orfelinato Municipal a la Compañía White, en la suma de novecientos ocho mil setecientos cuatro pesos...

Pero en aquel momento y cuando ya el presidente iba a dar por terminada la sesión, se oyó la voz airada del jefe del Cuerpo de Bomberos, que fiel a la promesa que hiciera a sus subordinados, acudía a defender los intereses de éstos y de la ciudad entera.

—¡Protesto! Si la Compañía White se encarga de la construcción del nuevo Orfelinato, éste será una nueva trampa de muerte... Es completamente imposible que se construya con

seguridad un edificio por una cantidad como esa...

—El jefe tiene razón—exclamó uno de los firmantes de la primera proposición—Ningún constructor puede hacer por esa suma un edificio que reuna las necesarias seguridades...

—¿Qué materiales se van a emplear en esa obra?...—siguió diciendo el jefe.

El representante de la compañía White, que asistía a la reunión se sonreía cínicamente, seguro del triunfo...

Y como si supiera el por qué de aquel aire de reto, el presidente de la Comisión replicó a los obstruccionistas:

—La Comisión está satisfecha de los edificios construídos hasta el presente por la Compañía White...

El pundonoroso jefe no dabe su brazo a torcer tan fácilmente y contestó con una ironía punzante:

—¡La Comisión se satisface con bien poco!... Yo sólo puedo contestar a esa satisfacción con hechos que hablan mejor que todas las palabras: la mayoría de los edificios White se han quemado hasta los cimientos, con pérdidas de vidas...

«¡Y eso es intolerable, señores de la Comisión!... ¡Acuérdense del último incendio en los depósitos de la ribera!... El Cuerpo de Bomberos perdió allí los mejores de sus hombres... ¡Pues bien, aquellos depósitos habían sido edificados por la Compañía White!... En todo el edificio no había un solo tabique aislador!..»

En la sala se produjo un movimiento de estupor, ahogado prestamente por la campanilla presidencial.

El representante de la Compañía White exclamó despechado, aunque procurando producir un golpe de efecto:

—¡A mi Compañía no puede hacérsela responsable de la incapacidad del Cuerpo de Bomberos!...

Aquellas palabras habían acabado con la paciencia del jefe del Cuerpo de Bomberos... El probo funcionario, contestó a aquel exabrupto escandaloso, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa y gritando para que pudieran oírle hasta los sordos:

—¡White, usted y sus prosélitos tienen a la Comisión de Edificios metida en el bolsillo, porque... ¡la han sobornado!

El escándalo que siguió a estas palabras fué espantoso...

Por todas partes se oían vociferaciones, gritos, denuestos...

—¡Fuera!...

—¡Fuera!...

—¡Ladrones!...

—¡Vendidos!...

—¡Esto es una vergüenza!...

El presidente procuraba en vano restablecer el orden...

Nadie le hacía caso y entre unos y otros se cruzaban insultos mayúsculos.

Por fin el presidente logró hacerse oír, y dirigiéndose al jefe de bomberos le dijo imperativo:

—¡Lo que acaba usted de decir es una calumnia y le exijo que se retracte en el acto de esas palabras!...

—¡No me retracto... al contrario, y continuaré la lucha hasta el fin! ¡Si ustedes no me escuchan, no faltará quién lo haga! ¡No faltaba más!... ¡Entretanto caiga sobre sus cabezas la sangre derramada por su única y exclusiva culpa!...

«¡Algún día se arrepentirán de lo que hoy hacen... y desgraciadamente será tarde!»

La reunión estuvo a punto de terminar como el rosario de la Aurora, porque desgraciadamente lo que acababa de decir aquel hombre era verdad y la mayoría de los asistentes a la junta estaban convencidos de ello.

Cuando ya empezaron a desfilar los concursantes y el público, el presidente de la comisión le dijo a White:

—Calmaos... ¡A ese jefe tan... recto... ya haremos que se tuerza... o que se rompa!... ¡Otros más altos que él han caído!...

Y ambos compinches cambiaron un amistoso apretón de manos, que decía muy poco en favor de la Comisión Municipal de Edificaciones y de la compañía constructora del nuevo Orfelinato...

Razón tenía don Francisco: «Poderoso caballero es don dinero...»

V

EL AMOR EMPIEZA A HACER DE LAS SUYAS... Y ES UN FUEGO QUE NO HAY QUIEN LO APAGUE

El principal contribuyente a las cajas de la Compañía White, el alma del negocio, era Jacinto Corbin, que se llamaba a sí mismo y dejaba que lo llamaran sus amigos: millonario y filántropo.

Era un hombre que de todas sus cualidades físicas y morales sólo una tenía digna de aprecio: su hija Elena.

Moral y materialmente aquel era el mejor, es decir el único de sus tesoros.

Por su parte Elena tenía una cualidad envidiable: no se parecía a su padre ni interior, ni exteriormente.

Elena Corbin era una muñequita adorable, rubia como el oro, con unos inmensos ojos azules, que eran como jirones de cielo a los que se asomaba gozoso el sol de sus diez y seis abriles...

Un cielo y un sol para los que no había más que un signo en el zodíaco y una sola estación: la Primavera.

Elena Corbin era más que bonita...

Además de aquellos ojos de cielo, tenía una boquita menuda, chiquita, diminuta, a través de cuyos labios rojos, salían haciendo ejercicios las palabras, resbalando por entre los dientecillos prietos como cuentas de un collar de reina...

El color de su tez sirvió de

modelo al rosal y su sonrisa se la prestó un ángel antes de venir a la tierra... y la muy pícara en un descuido de su favorecedor se quedó con ella...

Su cuerpecito gracioso no tenía envidia de la cara...

Pero lo mejor de aquella muñeca de carne era su almita ingenua, buena, buena; buena...

¡No se parecía en nada a su padre... no!

En el mismo instante en que de una manera tan violenta terminaba la reunión de la Comisión Municipal de Edificaciones, y se le concedía a la Compañía White la construcción del Orfelinato, se hallaban reunidos padre e hija...

Sonó el timbre del teléfono y Corbin separándose de Elena fué hasta el aparato.

—¡Oiga!... ¿Con quién hablo?.

—Soy yo... White... Terminó la reunión... El contrato es nuestro...

—¡Me alegro... aunque lo esperaba!...

—Pero el jefe de bomberos ya está molestando otra vez... Atacó el contrato sañudamente...

Corbin sonrió enigmático y con un cierto dejo de ironía.

—Déjelo que hable... Ya encontraremos el medio de hacerle callar antes de que el edificio esté listo para ser inspeccionado... Por ahora no nos interesa su actitud...

Y aquellos dos bribones cortaron la comunicación.

. . . . . .

Llegó por fin el día tan largamente esperado por los bomberos reclutas para ir al campo de Maniobras... a mostrar sus habilidades.

En la amplia explanada se había levantado una gran tribuna en la que además de las autoridades se congregó lo más distinguido de la sociedad neoyorquina.

Entre los concurrentes estaban en sitio de preferencia los Corbin padre e hija, pues el primero, que a su *profesión* de millonario unía la de filántropo, según sus constantes manifestaciones, había donado una artística y valiosa copa para premiar al recluta que más se distinguiese por la precisión y justeza de sus ejercicios.

En el centro del campo se habían construído unos edificios de madera que servirían para efectuar prácticamente pruebas de salvamento.

Eran de regular elevación, la bastante para permitir desplegar en las prácticas hasta su límite máximo, los aparatos de

escalo, las escalas plegables adosadas a los automóviles utilizados por el Cuerpo de Bomberos en los siniestros.

Después de efectuarse los ejercicios preliminares, se disputarían los aspirantes en competencia la copa de Corbin, que sería adjudicada al que de los vencedores de las pruebas anteriores realizase con mayor éxito el acto de arrojarse desde el piso más alto de una de las torres.

Cerca del sitio que en la tribuna ocupaba Corbin, la hija del millonario, estaban alineados los reclutas concursantes.

Elena, que estaba encantadora con su trajecito blanco de muselina, les dijo con una sonrisa graciosísima:

—Lástima que mi padre no haya donado copas suficientes para que cada uno de ustedes pudiese ganar una...

Todos tenían fijos los ojos en aquella muñequita, pero de todos los bomberos el que más la miraba, el que lo hacía con verdadero arrobo era Tomás O'Neil...

Al muchacho le ocurría algo extraño... El, siempre jocoso, alegre, dicharachero, se había puesto repentinamente serio al ver a Elena... Su boca estaba entreabierta, sus ojos extáticos, y a lo largo del cuerpo caían sus brazos, de los que en aquel momento no sabía qué hacer...

El demonio caprichoso del amor había atravesado su gruesa guerrera de paño con la punta de unas de sus flechas envenenadas y en aquel momento le estaba haciendo cosquillas en el corazón...

Por su parte Elena también había distinguido al joven recluta, porque quisieron Dios o el diablo, que a su lado en la tribuna se encontrase el viejo O'Neil, el abuelo de Tomás, que acercándose a ella y con aire de misterio, la dijo socarrón:

—Señorita, vaya envolviendo la copa esa para mi nieto... El sabe su obligación perfectamente...

Y adoptando una *pose* interesante añadió:

—¡Como que yo se la enseñé!...

—¿De veras?...—preguntó Elena con una sonrisa medio ingenua, medio irónica.

—Como se lo digo a usted, señorita: yo solo he sido su maestro... aunque le diga a usted lo contrario ese imbécil de Pierna de Palo.

—¿Y quién es su nieto, abuelo?

—Aquel muchachote del extremo... Aquel... —señalaba O'Neil—. Ese tan simpático, con unos ojos como huevos de avestruz... Ese tan guapo... que se parece tantísimo a mí... según dice la gente—añadió para suavizar el autobombo...

A Elena le hacían gracia las *gracias* del vejete y dejó oír una risotada franca y jubilosa...

—Pues descuide usted, abuelo—dijo al fin Elena, que se había dado cuenta de la mirada admirativa de Tomás, y a quien no le disgustaba aquel bomberito *tan parecido a su abuelo*, que no ha de faltarle un premio a su nieto, aun cuando por desgracia no ganase la copa...

—Es que yo le aseguro que la ganará... Si no, le voy a dejar para hacer compañía a Pierna de Palo de un trompazo... Además yo no quitaré la vista de él, que es mi ídolo...

Otro personaje que contemplaba los ejercicios con la emoción y el interés que es de suponer, era el jefe del Cuerpo de Bomberos. En su rostro franco y leal brillaba una ancha sonrisa a cada proeza de las realizadas por sus queridos *poulains*.

Aquel jefe quería a sus hombres como a hijos, y Corbin comprendía que en aquel funcionario recto había algo más que afán de mando y de lucro, y que les sería muy difícil, más que eso, imposible, doblegar aquella voluntad de hierro en beneficio de sus odiosos planes.

Las maniobras habían empezado.

Los simulacros de marcha, de riego, de escala, se habían efectuado con precisión matemática y los aplausos, las ovaciones se sucedían sin interrupción en las tribunas, para premiar a los heroicos muchachos...

La ciudad podía estar orgullosa... Contaba con un Cuerpo de Bomberos excelente en el que podía confiar tranquila su seguridad.

Por fin llegó el ejercicio final: lanzarse al espacio desde una altura de 25 metros...

Al pie de la torre un círculo de bomberos veteranos sostenía una lona sobre la que debía arrojarse desde lo alto el recluta.

Aun cuando tenían la seguridad de que sus compañeros amortiguarían el golpe, no por eso dejaba de necesitarse poseer un valor extraordinario para aquella tentativa, pues un movimiento mal hecho, o una caída

El viejo O'Neil, el más antiguo en el servicio...

... el abuelo O'Neil se entretiene pacientemente en enseñar a la última hornada.

—¿Pero está usted soñando abuelo?

...la señora O'Neil...

Jugetones... Eso... sí... hasta la exageración.

La recaída transcurrió en medio de la mayor alegría.

Salieron... Hilario y Joaquín para su cuartel...

¡Muerto...! ¡Ahí quedó...! ¡Pobre hermano!

—Una miniatura de edificio les demostrará...

—¡Yo les prometo a ustedes...!

Aquellas palabras habrían acabado con la paciencia del Jefe del Cuerpo de Bomberos...

—No me retracto, al contrario...

...una gran tribuna, en la que además de las autoridades...

Aquel jefe quería a sus hombres como hijos...

Las maniobras habían empezado

...con precisión matemática...

en forma algo violenta, podía tener fatales consecuencias.

Pero aquellos muchachos estaban admirablemente adiestrados y la prueba terminó felizmente sin lamentar incidente alguno...

Unicamente cuando le llegó el turno a Tomás, éste quedóse mirando desde lo alto unos instantes hacia donde se encontraba Elena Corbin...

La miraba fijamente, intensamente, como si quisiera brindarle la proeza, como si deseara significarla que por ella era capaz de todas las audacias, de todos los atrevimientos...

El abuelo, que no comprendía el por qué de aquella detención, le gritó colérico con una voz en que había reproche e ira:

—¡Tírate recluta!... ¿Qué te pasa?...

Y Tomás, como si únicamente esperase aquella incitación, terminó el ejercicio, pero al hacerlo, por distracción o porque creyó que de aquella manera se luciría más, en lugar de efectuarlo como los demás, se elevó de un salto antes de caer un par de metros en el espacio...

Aquella forma de saltar estuvo a punto de costarle un serio disgusto y como es natural deslució el ejercicio...

El abuelo estaba rojo de ira y le decía a su otro nieto, que como él se indignó con la torpeza de Tomás:

—Se trataba de dejarse caer... ¡y el muy gaznapiro saltó!... ¡Cuando le coja le mato!

Cuando terminado el ejercicio, Tomás volvía con sus compañeros al sitio donde debía celebrarse el reparto de premios, se enteró con profunda tristeza de que Gómez, de la tercera sección—un discípulo como él del abuelo O'Neil—, ganador de la caída lanzada, había obtenido mayoría de puntos, y tuvo la gloria y la satisfacción de recibir el codiciado trofeo de manos de la encantadora Elena Corbin...

Tomás se mordía los puños de rabia... Estaba desesperado y su abuelo que corrió a su lado en cuanto terminó su salto inverosímil, le gritó zarandeándole:

—¡Merecerías que te abofetearan por miedoso y distraído!..

—¡Miedoso, no, abuelo!... ¡No me asustaban los 25 metros... sino otra cosa!...

—¡Y para eso he perdido yo el tiempo enseñándote, ladrón?.. ¿Qué hacías allí arriba como un papanatas?... Si llegas a caer donde mirabas a buen seguro

que en la tribuna de honor ocurren desgracias personales, como dicen esos estúpidos de reporteros...

Y el abuelo que iba a ocupar su sitio en el carro de reglamento, terminó su perorata diciéndole despreciativamente:

—¡No eres digno de ir en coche... Anda pues... solito y a patita...

Y allí se quedó el pobre Tomás en medio del camino mientras sus compañeros emprendían el regreso hacia la ciudad en los carros y automóviles de servicio.

—¡Pues me he lucido!...—exclamó compungido— ¡Menuda caminata me espera!... ¡El demonio del abuelo!...

Y luego consolándose interiormente por su derrota exclamó:

—¡Pero ella me ha mirado!... ¡Oh sí, de eso estoy seguro!... ¡Lo demás qué me importa!...

Sin embargo, a pesar de aquellos optimismos amorosos, no tardó en darse cuenta de que su quimera era una cosa totalmente irrealizable...

¡Elena Corbin!... ¡La hija del millonario!...

¿Y quién era él?... ¡Un mísero bombero de última fila!...

Hacía bien el abuelo en reirse de él...

¡Pobre Tomás!...

Y entonces sintió no haberse arrojado de cabeza desde los 25 metros de altura...

VI

Tomás empieza a creer que Cupido es una buena persona

Cuando Tomás mohino y cabizbajo se disponía a emprender cachazudamente la vuelta a su cuartel, acertó a pasar por un paraje solitario donde dentro de su elegante automóvil le miraba la hija de Corbio.

Elena, que desde su asiento había presenciado la escena desarrollada entre abuelo y nieto, llamó a éste al tenerlo cerca...

Tomás levantó la cabeza sobresaltado y se quedó estupefacto contemplando a aquella mujer, que ya había estado al punto de costarle la vida en un descuido.

Pero su vacilación duró poco... No debía ser sin duda el último de los O'Neil tan miedoso, ni tan distraído como decía el abuelo, porque al oír la voz de Elena, pasado el primer momento de aturdimiento, se acercó al coche con la gorra en la mano.

—¿Me llamaba usted, señorita?...

—Sí, acérquese... He estado esperando este momento...

—¿De veras?...—exclamó Tomás O'Neil, ebrio de gozo y haciendo en sus ojos piruetas graciosísimas el amor.

—Sí... Tomás... Quería decirle... que siento mucho que no haya sido usted el ganador de la copa... ¡Me hubiese gustado tanto dejarla en sus manos!...

Tomás la miraba embobado y no se atrevía a romper el en-

canto de aquella voz... y de aquel momento...

Elena continuó:

—Consuélese con otro presente que le voy a dar. No será tan valioso como el otro pero concede tanto... o más...

En los ojos inmensos de la muñequita de oro había en aquellos momentos tanta luz y tanto cielo, que el pobre Tomás creyó que iba a desmayarse... y se cogió al auto con ambas manos para no caer...

El caso no era para menos... Elena Corbin, desprendiendo la flor más hermosa que lucía en su corpiño, se la prendió en el pecho como si fuera una condecoración gloriosísima... como lo que era, la condecoración del amor triunfador, que después de todo es el que hace los héroes y los mártires...

Pero la alegría de Tomás no acabó aquí...

La hija del millonario *filántropo*, quiso completar su obra —y en ésta sí que podemos asegurar que no la guiaba el altruismo—y preguntó a Tomás con la más sugestiva de sus sonrisas:

—Y ahora, ¿dónde iba usted?

—A mi casa... al cuartel—... contestó Tomás bajando la cabeza como un colegial castigado.

—¿Y está muy lejos su casa?..

—Bastante... Tenemos el cuartel en la Sección tercera...

—Y¿ va usted a ir a pie?

—No... andando...

—¡Ja, ja, ja...!

—Me castigó el abuelo... porque por mirarla a usted di mal el salto y no gané la copa...

Estas palabras las había pronunciado Tomás O'Neil de un tirón, sin atreverse a levantar la cabeza para mirar a su hermosa interlocutora frente a frente.

Elena sintió que un rubor delicioso teñía su rostro y contestó sonriéndole cariñosa:

—¿Pues entonces tengo yo la culpa?...

—¡Oh, no, no!... ¡Usted no!... ¡Soy yo por torpe y por distraído, como me dijo con razón el abuelo!

—Pero de todas maneras ha sido por mí... y en castigo, le llevaré a usted a su casa...

—¡Señorita!...

—¡Vamos hombre... suba usted! ¡No voy a comerle!...

Y como viera que Tomás la miraba alelado, añadió:

—¿Tiene usted miedo?...

—¡No, no es eso... es otro miedo!...

Y para no tener que explicar lo que no sabría decir, Tomás

no se hizo repetir la invitación y un segundo después se encontraba sentado al lado de la gentil conductora, que puso el coche en marcha...

Al amor no le gustaba ir a pie por aquellos caminos polvorientos... y además tan despacio...

. . . . . .

Entretanto los bomberos habían llegado a su cuartel de la Sección tercera.

El abuelo venía riéndose de la jugarrota que le había hecho a su nieto Tomás. Así es que cuando la madre al no verle regresar en su compañía le preguntó asustada temiendo una desgracia:

—¿Dónde está Tomás?

El abuelo sin poder contener su hilaridad contestó:

—Viene pisándole los talones a una rubia que ha visto en el campo de Maniobras... Figúrate que el mastuerzo de tu hijo ha ido a enamorarse nada menos que de la hija de ese millonario que ha dado la copa... de ese Corbin que el diablo se lleve... ¡Para lo que le va a aprovechar eso!...

—¿Pero lo has dejado venir a pie?...

—¡Pues claro!... ¡Que se chinche! Así aprenderá para otra vez... Figúrate que ha dejado que se llevara la copa ese imbécil de Gómez... Y todo porque por mirar a esa condenada rubia, se le ha ocurrido saltar en vez de dejarse caer nada más, como era su obligación... Y además por poco se mata... ¡Habrá se visto en la vida un animal como ese!...

—¡Pobre chico!...

—¡Sí, pobre chico!... Que ande... que ande, eso le abrirá el apetito...

El resto del apóstrofe expiró en los labios del viejo bombero.

Su estupor fué tal que por poco se cae de espaldas...

En aquel momento se detenía frente al cuartel de la Sección tercera un magnífico automóvil y de él saltaban... ¡Elena Corbin—la condenada rubia como había dicho O'Neil—y Tomás... su nieto Tomás, *el miedoso, el distraído*...!

Y lo más sorprendente no era que llegasen juntos, sino que parecían en la mejor armonía...

—¿Qué te parece el aprendiz de bombero?...

La madre no contestó porque se había quedado con la boca abierta y no acertaba a pronunciar palabra...

En cuanto al gruñón Pierna de Palo, miraba todo aquello como quien ve visiones.

Tomás entretanto, enseñaba a la hija del millonario el interior del cuartel y llegaba con ella hasta el patio, donde estaba Azucena, la yegua más vieja del parque, que desde hacía unos días se encontraba bastante enferma y a la que querían todos en la casa, como si fuese algo de la familia...

Terminada su corta visita, la joven se despidió de su nuevo amigo y se preparó a efectuar el regreso...

—¡Hasta la vista!...

—Usted lo pase bien, señorita...

—¿Todavía me tiene usted miedo?...

—¿Yo?...

—Claro hombre... Señorita... señorita... Me llamo Elena...

—Perdone... Hasta la vista, Elena...

Y mientras el auto partía lentamente, Tomás se quedaba viéndola irse, como si el alma toda se fuera detrás de ella...

Mientras tanto O'Neil y Pierna de Palo estaban en pleno pugilato de dicterios... como de costumbre...

Azucena no estaba en el pesebre.

O'Neil indignado increpó a su amigo, creyéndole autor de aquella torpeza:

—¿Quién sacó a la pobre Azucena de la caballeriza?...

—Yo —contestó Pierna de Palo—. La saqué al patio porque está enferma.

—¡Idiota! ¿No aprenderás nunca a darme cuenta en seguida de los asuntos importantes?...

—No creí que de eso dependiera la paz del Estado —contestó Pierna de Palo con sorna.

—Tampoco has aprendido a cuidar caballos... ¡así de torpe eres!... ¡Y luego presumes de sabio y criticas a los demás...

Calmados los ánimos, tras alguna que otra palabra gruesa, Pierna de Palo le dijo:

—Creo que Tomás va a tener que llevarse al pobre animal al potrero mañana... La pobre Azucena ya no puede con sus huesos...

El abuelo se volvió como si le hubiese picado una avispa y miró a su viejo camarada con ojos llameantes.

—¿Que no puede con sus huesos? Azucena estará todavía ayudando a apagar incendios, cuando las máquinas actuales estén ya completamente inutilizadas. ¿Qué te has creído animal?

—¡El animal lo serás tú!...

—¡Cállate imbécil!...

—¡No me da la gana!...

—¡Burro!...

—¡Patoso!...

Y el rosario de los improperios volvió a resonar en el patio del cuartel, en donde la monotonía y la calma no habían podido encontrar nunca un alojamiento conveniente...

. . . . . .

Y mientras los dos abuelos se ponían como chupa de dómine, Tomás O'Neil, el bomberito incipiente, se paseaba por el camino, pensativo y suspirante...

Bien veía que todo su amor por aquella muchacha que tan alta estaba sobre su nivel, no era más que una quimera irrealizable... pero el pobre seguía soñando despierto...

Sin embargo recordaba las escenas de aquella mañana y sus ilusiones empezaban a tener un punto de apoyo...

Y mientras aspiraba el perfume de aquella flor con que ella premiara ¿qué? pensaba el buen Tomás que también el amor podía ser después de todo una buena persona...

VII

Y Cupido siguió haciendo de las suyas

Como había dicho el cascarrabias Pierna de Palo, al día siguiente el abuelo se vió obligado a mandar a Tomás con Azucena al potrero...

Una vez allí Tomás tuvo otra dulce sorpresa que había de poner un ascua más en el incendio de aquel amor que poco a poco iba enseñoreándose de su alma, sin que él mismo llegara a darse cuenta.

A aquel incendio que ardía en su corazón no lo apagaban todos los bomberos de la Unión...

Cuando más entusiasmado se hallaba viendo las cabriolas de los potros, acertó a llegar al potrero Elena Corbin con su auto...

Detúvose a poca distancia de donde el joven se hallaba y éste acudió solícito a saludarla...

—¡Buenos días, Elena!... No creí volver a verla tan pronto... ¡Qué buena suerte que usted pasara por aquí!... — exclamó verdaderamente entusiasmado y devorándola al mismo tiempo con la mirada...

Iba perdiendo la timidez y en cuanto se hallaba ante ella olvidaba de pronto todos sus prejuicios...

Elena enrojeció hasta el blanco de los ojos bajo el fuego de aquella mirada y murmuró casi sin saber lo que decía:

—¡Eso digo yo también... qué suerte el encontrarle!... ¡Pienso igual que usted... lo mismo que usted!...

Estaba tan aturdida como él y durante un rato las vulgaridades más sonoras salieron de sus labios por turno, hasta que chocados de su misma torpeza soltaron una ruidosa carcajada...

El hielo estaba roto y parecían ya dos viejos camaradas.

—Vine a traer a Azucena al potrero... El pobre animal necesita estar unos días al aire libre para reponerse.

—¿Qué la pasa a la pobrecita?...

—Yo creo que lo que tiene aparte de los años es el aburrimiento de verse encerrada...! Hace mucho tiempo que no sale... Parece que ya no se acuerdan en el Cuartel general de que existe la Sección tercera del Cuerpo de Bomberos...

—¡Más vale así!... Debe ser una cosa terrible el verse en medio de un fuego, rodeado de llamas por todas partes... ¡Ay que miedo!...

—¡Pero y la satisfacción de salvar a nuestros semejantes!...

Siguieron hablando largo rato y ya Tomás iba perdiendo el temor y se atrevía a mirarla cara a cara... y Elena ya no bajaba la vista, aun cuando los colores subieran a su rostro con más frecuencia de lo ordinario...

Bajó ella del auto y fueron hasta el cercado donde pastaban los potros...

Por fin llegó la hora de separarse y él la acompañó hasta el auto...

En el momento de marcharse le dijo con interés real:

—No se olvide de darme informes diarios de Azucena...

—Descuide señorita, lo haré así con mucho gusto...

—Adiós Tomás...

—¡Hasta la vista, Elena!...

—¡Quizá sea antes de lo que usted cree!...

—¿De veras?...

—Sí: le preparo una sorpresa...

—¡Adiós!...

—¡Adiós!...

Y se alejó rauda entre nubes de polvo...

Si en aquel momento le hubiesen preguntado a Tomás O'Neil quien era el hombre más feliz de la tierra, hubiera contestado sin vacilar... que un bombero de la Sección tercera...

. . . . . .

Dos días después de este encuentro, Elena cumplía su palabra y preparaba una nueva entrevista con Tomás...

Este se vió agradable... ¡deliciosamente! sorprendido con la siguiente invitación:

Se invita al señor Tomás O'Neil a concurrir al Bazar, que a beneficio del nuevo Orfelinato Municipal, tendrá lugar el viernes próximo 2 de mayo por la noche, en casa del señor Jacinto Corbin.

Tomás se quedó como quien ve visiones...

Sus familiares se quedaron estupefactos ante aquel favor de que se hacía objeto al benjamín de la familia.

—Miren el macaco—, decía Hilario—¡Quién lo ha visto y quién lo ve!... Luego dirás madre que no tienes un hijo guapo!... ¡Hasta las millonarias se enamoran de él!...

—¡Y el caso es que se lo habrá creído!... Porque todo eso son combinaciones de aquella rubita de marras, como si lo viera...

—¡Bueno dejad al chico en paz!...—intervino la madre cariñosa...

—¡Enhorabuena Tomasillo!—gritó dándole palmaditas en la espalda la risueña y alborotadora Brígida...

Todo el mundo se creía con derecho a burlarse de él, pero Tomás estaba demasiado contento para enfadarse y por el contrario les siguió la broma...

Llegó por fin el 2 de mayo, viernes, y tres horas antes de la señalada para la fiesta empezó Tomás una toaleta minuciosa...

Brígida, la empecatada Brígida, le obsequió con un cantar de su invención:

Cuando los chicos se alistan e intrigan,
cuando enamorados pretenden estar...
se lavan el cuello sin que se lo digan,
se peinan y arreglan sin nunca acabar...

—¡Si canta, canta, que a mí me da igual!... ¡Lo que tenéis todos es envidia!

—¡Y que lo digas, hijo!—le dijo saliendo en su defensa la señora O'Neil, que gozaba al ver a su hijo feliz...

—¿Con que mis tirantes, eh?—le gruñó Hilario.

Efectivamente Tomás que quería estar completamente *bien*, le había hurtado aquella prenda a su hermano mayor, *para conservar la raya del pantalón*, decía él muy serio...

—¡Bueno hombre, póntelos... si quieres!...

—No hombre, si te sabe mal... Igual iré sin ellos...

Pero Brígida, la excelente Brígida le inclinó a aceptarlos diciéndole:

—Mira Tomasito, siendo ésta una fiesta aristocrática, yo en tu lugar me los pondría. Mi

último marido, que esté en gloria—, y se persignó devotamenmente—cuando asistía a las grandes ceremonias los llevaba siempre puestos...

—¿Y qué era tu difunto?

—Portero...—contestó Brígida con énfasis...

—¡Ah!...

Por fin acabó la toaleta complicada y Tomás hecho un brazo de mar, bajo su relucinete y flamante uniforme, se dirigió con el corazón saltándole en el pecho a la suntuosa morada del millonario Jacinto Corbin donde debía celebrarse el Bazar de Caridad...

Los salones estaban atestados y se había reunido en ellos lo más selecto de la sociedad neoyorquina.

La llegada del bomberito fué vista con profunda extrañeza por la servidumbre de la casa, que no se explicaban la presencia allí de tan humilde funcionario.

Pero como llevaba una invitación en toda regla no le pusieron reparo alguno y le dejaron entrar.

Tomás estaba completamente aturdido y apenas si sabía ni aun moverse en aquel ambiente aristocrático.

Miraba a todas partes como atontado y buscaba como el náufrago una tabla de salvación...

Para él aquella no podía ser otra que su adorada Elena...

Por si era poco su azoramiento, vino a aumentarlo una linda muchachita, que se acercaba voceando cascabelera:

—¡Comprad una muñeca! ¡Una muñeca, para ayuda del Orfelinato!... ¡Quién apuesta más!... ¡Se puja!...

Y la parlanchina y risueña vendedora fué directamente a colocarse delante del infeliz bombero de la Sección tercera...

Y no fué sólo su presencia con lo que le brindó, sino que acercándose mimosa, le dijo echando mano de carnet y lápiz:

—Caballero... ¿en cuanto le apunto a usted? Tenga en cuenta que el señor Corbin acaba de suscribir cinco mil pesos...

¡Cinco mil pesos!... ¡Todo el parque de la Sección tercera, incluyendo a Azucena... y a Pata de Palo no valía aquella suma!...

¡Y él que sólo llevaba cuatro peniques en el bolsillo!

Tomás no sabía ni dónde meterse, ni qué contestar...

Afortunadamente vino en

aquel momento a sacarle del atranco la encantadora Elena que dijo dirigiéndose a la vendedora:

—El señor O'Neil ya me dió su suscripción hace un rato:... ¿Verdad Tomás?—añadió volviéndose al bombero y colgándose a su brazo.

En cuanto se vieron solos, se volvió a su pareja y compungido la dijo:

—¡Ve usted, Elena!... ¡Yo no debía haber venido aquí!... ¡No es éste mi centro!...

—¿Es eso todo cuanto se le ocurre decirme? No me ha saludado usted siquiera...

—¡Oh, perdóneme, Elena!... Esa muñequita dichosa me ha trastornado...

—¡Bah, no tiene importancia!... No le mandé a usted la invitación para que comprase muñecas...

Siguieron hablando animadamente...

Alguien seguía sus pasos con atención... Era el padre de Elena a quien extrañaba aquella nueva amistad de su hija... con un bombero...

Tan de punto subió su extrañeza que volviéndose a su factotum, a aquel hombre que vimos asistir a la apertura de pliegos de condiciones en la reunión de la Comisión de Edificaciones le dijo:

—Oiga usted David, ¿quién es ese joven que va con mi hija?

David sonrió maliciosamente y contestó:

—¿Que quién es ese joven que se interesa tanto por Elena?... Sólo le diré que su traje no es un disfraz... El viste lo que realmente es... un recluta del Cuerpo de Bomberos...

—¿Un recluta?...

—Sí, señor.

—¿Está usted seguro?...

—Ya lo creo...

Corbin no quiso oir más y se dispuso a intervenir en aquel devaneo ilógico de su hija única.

Entretanto Elena y Tomás habían abandonado el salón y aprovechando la distracción de los invitados huyeron al jardín...

Ambos sentían ansias de decirse muchas cosas, de hablarse a solas con entera libertad...

Tomás estaba completamente loco... Aquella mujer le había trastornado por completo y él tan tímido hasta entonces, apenas si medía ahora las palabras y se sentía hasta elocuente...

Poniendo toda el alma en los labios murmuró quedamente a su oido, con voz temblorosa de emoción:

—Elena, es usted maravillosa... Parece usted vista como a través de un dulce sueño...

La muchacha le miró intensamente y poniendo todo el secreto de su corazón en sus palabras, contestó como un murmullo:

—¡Ojalá piense usted siempre así... Tomás!...

—¡Oh, Elena... siempre... siempre pensaré lo mismo y...

—Siga...

—No me atrevo...

—¿Por qué?...

—Si yo me atreviera a decirle todo lo que usted me inspira...

—¿Y por qué no Tomás?... ¡Atrévase usted!...

—Nunca... Luego se burlaría usted de mí... Soy tan poquita cosa a su lado para...

—¿Para qué?... ¿Cree usted acaso que me burlo?... ¿Que no pienso yo también?...

—¡Elena adorada!... ¡Es que me da miedo quererla... y hay momentos en que creo que voy a volverme loco... o que estoy soñando y voy a despertar demasiado bruscamente de mi sueño!... ¡Porque la adoro a usted, Elena de mi alma, la adoro con todo mi corazón!...

—¡Y yo también... yo también le quiero, Tomás!...—murmuró la bella como un soplo.

—¿Se casaría usted conmigo... con un pobre bombero sin fortuna?

—¿Por qué no?... ¿Qué me importa a mí el dinero?... ¿Cree usted que eso es la felicidad?...

Y había amor, verdadero amor en las palabras de aquella mujer encantadora...

Tomás creyó que iba a atacarle el vértigo... ¡Aquello eran infinitamente más de 25 metros de altura!...

—¿Y... desde cuando se enamoró usted de mí?...

—Desde aquella mañanita en el potrero... ¿se acuerda usted de aquella mañana Elena?...

—¡Oh, sí!... Pero también en eso le he ganado yo a usted Tomás... porque yo le quiero a usted desde antes... desde que le ví...

El idilio había llegado a ese momento en que huelgan las palabras y ya se juntaban las bocas para la deliciosa conversación muda de las almas cuando apareció de improviso ante ellos Jacinto Corbin, el padre de Elena, el opulento millonario y *filántropo*.

Aquel hombre se acercó a Tomás y le dijo lentamente, dejando caer las palabras una a

una, como losas de plomo sobre su pobre corazón.

—Joven, siento mucho tener que decirle con toda franqueza... que usted se encuentra en mi casa por una verdadera equivocación... Dicho esto creo que comprenderá usted, que no es torpe, que está aquí de más... Con que...

Tomás no le dejó acabar...

—Le he comprendido caballero... y me retiro...

Y dirigiendo una mirada de angustia infinita a su novia, salió de aquella casa con el alma destrozada...

Al encontrarse a solas Elena con su padre se arrojó en sus brazos sollozando:

—¡Pero papá!... ¿Qué has hecho? ¿No me habías dicho que no me ibas a contrariar en nada... que lo que querías era mi felicidad?...

—¡Y sigo diciéndotelo!...

—¡Si es que yo le quiero, papá... le quiero con toda mi alma y no puedo querer a otro más que a él!...

—¿Pero a quién, hija mía?...

—Al que acabas de echar de aquí!... A Tomás O'Neil!...

—¿Pero estás loca?... ¿Un bombero?...

Y mientras Elena se deshacía en lágrimas, su acaudalado y filántropo padre murmuraba sordamente:

—Será preciso cortar esto por lo sano... ¡No faltaba más!...

VIII

AL PIE DE LA CRUZ

El regreso de Tomás a su casa no fué tan triunfal como aquella salida en que iba en busca del amor...

Volvía triste por el desenlace de su aventura amorosa... La oposición del padre de Elena le parecía un obstáculo difícil, por no decir imposible de vencer...

¡Ya lo suponía él y por eso no se atrevía a hablarla!.....

Pero en medio de su dolor, tenía un consuelo para su corazón entristecido...

¡Elena, su Elena le amaba y le había jurado que no se casaría con nadie más que con él!...

Pero... ¿la dejaría su padre?...

Por eso a pesar de la alegría de su amor triunfante, volvía Tomás O'Neil a su casa en un estado de ánimo lamentable...

Su buena madre conoció en su cara que algo le pasaba... y algo grave...

—¿Y qué tal la fiesta?...—le dijo para hacerle hablar—. Cuéntame...

—Pues nada mamá—contestó con tristeza—. Me he convencido en ella de que la diferencia de clases priva todavía en el mundo y es un obstáculo difícil de salvar...

—¿Por qué dices eso, hijo mío?... Cuéntamelo todo... ¿Qué te ha pasado?...

Tomás en un arranque de franqueza—¡necesitaba tanto el consuelo de la expansión!—le contó todo lo ocurrido... Su

amor por Elena, la correspondencia a este de la hija del millonario y su promesa formal de casarse con él... Y luego la intervención del padre... el idilio truncado...

Su madre después de compadecerle sinceramente, como una madre, le dijo con emoción:

—¡Consuélate hijo!... ¡No te apures!... Quizá no esté todo perdido... si es verdad que ella te quiere...

—¡Oh, sí madre... de eso sí que estoy seguro!...

—¿Pues que más quieres?... Espera... y triunfarás... Contra el amor no hay barreras...

En aquel momento sonó el timbre del teléfono...

—¿Quién será a estas horas?... —dijo Tomás sorprendido...

—Quizá sea la muchacha que te llama para explicarte lo ocurrido...

—Voy a ver...—contestó Tomás gozoso y esperanzado...

Y corriendo se dirigió al teléfono...

Al poco rato volvió desencajado, lívido...

¡Madre... Madre!...

—¿Qué pasa?—preguntó su madre asustada.

—¡Valor madre, valor!... Es el Cuartel general el que ha llamado... dicen que Hilario... en el incendio del barrio Sur... ha resultado herido de gravedad!...

—¡Hijo... hijo mío!... ¡También este!... ¡Oh; Dios mío!... ¡Corramos, corramos a verle!...

Y madre e hijo echaron a correr como locos hacia el Hospital a donde había sido trasladado momentos antes, moribundo, el pobre Hilario, el segundo hijo de aquella mártir, que como la madre bendita estaba siempre al pie de la cruz en el calvario eterno de su dolor...

Llegados allí fueron llevados hasta la cama en que yacía el pobre soldado del ejército de la Paz, caído también en la brecha como su otro hermano, como su padre...

La madre se abrazó llorando al cuerpo de su hijo mientras Tomás caía de rodillas a su lado mordiéndose los puños con rabia...

—¡Soy yo... tu madre!... ¡Háblame Hilario... hijo de mi alma!... ¡Dime que no es verdad que tú también vas a dejarme!... ¡No ves que ya he sufrido bastante!...

El herido clavó en ella sus ojos vidriosos y murmuró trabajosamente:

—¡Consuélate mamá!... ¡Hágase la voluntad de... Dios!...

Y su cabeza que se había in-

...de recibir el codiciado trofeo de manos de la encantadora Elena...

...el reparto de premios...

En los ojos de la muñequita hablo tanta luz...

—¿Y ahora a donde iba usted?

La más sorprendente no era que llegasen juntas ...

—¿Ve usted, Elena? Yo no debía haber venido aquí...

El idilio había llegado a ese momento en que huelgan las palabras...

— ... usted se encuentra aquí por una verdadera equivocación...

—¡Sí es que yo le quiero, papá!...

La madre se abrazó, llorando, al cuerpo de su hijo...

Y acercándose al muchacho le dijo...

...extrajo el trozo de piedra y se lo enseñó al millonario...

—¡Tomás... el tercer toque!

Tomás cargó con su abuelo como si fuera un chiquillo...

Y sus brazitos se aferraban al cuello del bombero...

Las llamas los rodeaban por todas partes...

corporado para mirar a su madre por última vez, cayó pesadamente sobre la almohada, mientras sus brazos colgaban inertes... ¡Había muerto!...

Y la pobre mártir vió caer a otro pedazo de su alma, víctima también del deber, al que como honroso blasón le rendía culto la esforzada familia de aquella desventurada madre...

IX

Se consuma la iniquidad

Pasaron unos días...

Elena estaba inconsolable... Su padre, temeroso de que se reanudasen sus relaciones con Tomás, no la dejaba salir de casa y la había sido imposible volver a ver al muchacho...

Hasta ella llegó la noticia de la muerte del otro hermano, de Hilario, y su corazoncito de virgen se angustió al pensamiento del dolor infinito de aquella familia de héroes...

A toda costa quería hacer llegar al amado noticias suyas y darle el pésame por aquella desgracia irreparable.....

En un momento en que se encontraba sola, o creía estarlo, empezó a escribir la siguiente carta:

Querido Tomás:

Estoy tristísima por su hermano, por todos ustedes...

Deseo verle, Tomás... Lo he estado pensando continuamente desde el...

Aquí llegaba en su escritura, cuando entró violentamente su padre y apoderándose de la carta empezada y después de enterarse de su contenido la dijo rasgándola en pedazos:

—No puedo permitir que mandes esa carta, hija mía. Aquello terminó ya y no debe reanudarse...

—Pero papá... si no puedo... si es imposible... si le quiero cada día con más fuerza...

—Pero ven acá, locuela...

Y su padre, queriendo convencerla, la cogió en brazos y la sentó sobre sus rodillas tratando de apaciguar sus nervios a fuerza de mimos...

. . . . . .

Entretanto se acercaba la fecha fijada para la inauguración del Orfelinato Municipal construído por la iniciativa de Jacinto Corbin, y como habían acordado en un principio, había que evitar a toda costa que el nuevo edificio fuese rechazado al efectuarse la visita de inspección técnica.

Para ello sobraba una persona.

El jefe del Cuerpo de Bomberos, que debía ser uno de los inspectores, no podía continuar en su puesto...

Y las intrigas, las influencias triunfaban una vez más y el jefe fué destituído... Sus enemigos secretos habían logrado sus propósitos...

Reunidos en el Cuartel general sus compañeros, se despidió de todos, que comentaban indignados la resolución tomada...

—Muchachos—les dijo el jefe con entereza—,la destitución no es inmediata. Aun me queda un mes de estancia entre vosotros y yo os juro que lo emplearemos en la lucha hasta el último momento... En este asunto del Orfelinato Municipal aun no se ha dicho la última palabra... y os aseguro que la diremos nosotros, si todos me ayudáis...

En aquel momento llegaban al Cuartel general Tomás y su madre; también ellos iban a despedirse de aquel hombre bondadoso que había sido para todos un amigo, un verdadero padre...

La señora O'Neil se acercó a él y le estrechó la mano con tristeza...

—Esto es increíble, Daniel... Usted y mi Patricio empezaron juntos... y después de que usted ha trabajado tanto y hecho tanto bien, que le paguen de este modo...

El jefe meneó la cabeza pesaroso...

—¡Son gajes del oficio, María!... ¡Qué le vamos a hacer!.. Ya sabe usted que, por desgracia, en estos oficios nos toca más dar, que recibir... ¡Nadie mejor que usted lo sabe!...

La viuda inclinó tristemente la cabeza... ¡Era verdad!... ¡Harto lo sabía la infeliz que había dado por aquella institución benemérita sangre de su sangre!...

—María—continuó el jefe—, antes de retirarme, voy a en-

comendarle a Tomás una misión especial.

Y acercándose aparte al muchacho le dijo:

—Quiero que tú inspecciones el Orfelinato. Trata de encontrar pruebas que puedan confundirlos...

—Descuide, jefe, que lo haré así y pondré todo mi interés y mi celo en conseguirlo...

—Tengo la seguridad de que buscando bien algo ha de encontrarse...

—Deje usted el asunto en mis manos... que tengo una idea...

Y aquellos dos hombres leales se estrecharon la mano como en un juramento de alianza defensiva para exterminar a los especuladores de vidas ajenas...

Pronto vería Corbin que, contra lo que había creído, no hay enemigo pequeño.

X

La verdad de los hechos

Había llegado el día tan ardientemente esperado por los White, por Corbin: el de la inauguración del Orfelinato Municipal, aquel edificio que había costado la destitución del digno y probo jefe del honorable Cuerpo de Bomberos.

Jacinto Corbin experimentaba aquel día una de las mayores alegrías de su vida, porque aquel hombre cargado de millones sólo buscaba en aquello una satisfacción de amor propio, de orgullo, de vanidad.

La verdad es que con el enorme capital que poseía, nada hubiera supuesto para él, o casi nada, el haber construído el Orfelinato a sus expensas. La gloria entonces hubiera sido legítima y habría hecho una verdadera obra de caridad, mereciendo dignamente aquel título de filántropo que al parecer tanto ambicionaba...

Pero avaro por naturaleza y egoísta a pesar de sus millones, quería alcanzar la admiración de sus semejantes sin menoscabo de su bolsillo y por eso se alió con aquella compañía de bandidos, que con tal de embolsarse unas pesetas le tenía sin cuidado que pereciese el género humano si fuera menester para su beneficio.

Se dirá que esto es criminal... pero era así...

Por eso el jefe de Bomberos, que conocía perfectamente a aquella gentuza, había obrado

en la forma que lo hiciera y por eso ellos hicieron que se hundiera en el ostracismo.

Evidentemente que el nuevo edificio visto por fuera, fiándose del aspecto externo nada más, sin detalles, era un edificio magnífico y para un profano en materias de edificación de una solidez a prueba de bomba...

Por eso los invitados a la ceremonia inaugural, que llenaban por completo el edificio y sus alrededores, prorrumpían en frases admirativas y no escatimaban los elogios y por eso fué aplaudido con calor el discurso del alcalde en el acto de la entrega:

«Debemos tan magnífica institución a los infatigables esfuerzos de don Jacinto Corbin, el generoso donante de este edificio verdaderamente suntuoso... pero no olvidemos de pagar el merecido tributo al constructor Tadeo White...»

Y aun continuó el *íntegro* funcionario discurseando largo rato sobre el altruismo, la filantropía y otras frases huecas y ampulosas por el estilo, que el hinchado Corbin recibía adoptando una modestia que estaba muy lejos de sentir...

. . . . . .

Mientras se celebraba aquella ceremonia inaugural, Tomás O'Neil procuraba cumplir la promesa que le hiciera a su jefe, y rondando por los alrededores de la cantera donde se habían labrado los frontis del nuevo Orfelinato y visitando los terrenos en que la casa White tenía sus talleres, logró descubrir fácilmente trozos del material empleado por los constructores en sus edificaciones...

Aquello era monstruoso... El material era pésimo, de unas condiciones de seguridad y resistencia que llevaban al alma el escalofrío del espanto...

¿Era posible que se cometiera crimen semejante?...

Y Tomás O'Neil, indignado, recogió un trozo de piedra y se dirigió apresuradamente a casa de Jacinto Corbin...

El pobre muchacho no podía creer que aquel hombre riquísimo estuviese enterado de aquel fraude escandaloso y menos aún que lo patrocinara.

Seguramente le engañaron...

El le abriría los ojos y le haría rechazar aquel edificio que era una tumba hermoseada y que iba a causar el día menos pensado la muerte de centenares de infelices...

Y esperanzado, creyendo que iba a dar un paso definitivo lle-

gó el joven a casa del millonario.

Este se encontraba en su despacho examinando los planos del nuevo Orfelinato y los detalles sobre la nueva construcción facilitados por la casa White.

A pesar de todo su cinismo, de toda su avaricia, del sórdido egoísmo que le dominaba, Jacinto Corbin no dejaba de sentir atroces remordimientos al pensar en las consecuencias que podía tener aquella obra monstruosa...

Pero su orgullo satisfecho le impedía dejar translucir aquellos pensamientos sanos...

El mal ya estaba hecho y había que seguir hasta el fin..

El homenaje había sido público y, además, le sentaba tan bien aquel calificativo pomposo: El filántropo millonario señor Corbin...

Hablaría de él Nueva York entero... ¡Al diablo los escrúpulos!...

¡Había tantos edificios que no ardían en años y años!... ¿Por qué había de quemarse aquél precisamente?...

Y para acabar de tranquilizarse allí estaba a su lado su amigote Tadeo White, el constructor del edificio, que le decía al descubrir en él aquella sombra de remordimiento minutos antes:

—¡Bah! No tenga usted cuidado... ¿Quién va a descubrir la verdad?... Nadie... Si se quema será un siniestro más...

Y al recordar ahora aquellas frases alentadoras, Corbin acabó por desechar sus preocupaciones.

En estos pensamientos se hallaba entretenido cuando vinieron a anunciarle que alguien deseaba verle con urgencia.

—¿Ha dicho su nombre?

—Sí señor... Tomás O'Neil.

—¿El bombero?

—Sí, señor...

—Díganle que no estoy...

—Ya se lo he dicho, señor, pero insiste... Dice que tiene que hablarle de un asunto muy grave...

—Bueno... que pase...—dijo al fin el millonario con enojo.

Les temía a toda aquella familia de testarudos, como llamaba a los bomberos en general.

Y entró Tomás.

Saludó al padre de Elena respetuosamente y le dijo:

—Necesito hablar con usted a solas... ¡es algo muy importante!...

—Usted dirá... Le escucho.

Tomás se recogió un momento

en sí mismo y luego empezó a decir:

—Señor Corbin... usted que está directamente interesado en los asuntos del Orfelinato, querrá saber, sin duda, la verdad de ciertas deficiencias peligrosas...

—¿Deficiencias?...—preguntó Corbin fingiendo ignorancia.

—Sí, señor... El material empleado en esa construcción es un concreto recargado de arena y piedra... lo que le quita al edificio la mitad de su solidez y hace inevitable una catástrofe al menor descuido...

Y al hablar así Tomás extrajo el trozo de piedra que había encontrado aquel mismo día y se lo mostró al millonario:

—¿Ve usted?... Esta es la piedra empleada por White y compañía para esa edificación, de que usted parece tan orgulloso... Con esto no puede hacerse nada estable... El Orfelinato Municipal tal como ha sido construído, es una verdadera ratonera... y nadie que se precie de honrado puede consentir ese atentado a la seguridad pública...

O'Neil se había ido exaltando a medida que hablaba y ahora lo hacía en voz alta, perdido todo respeto, al ver que en los labios de Corbin sólo se retrataba el desprecio y la burla...

—Nuestro jefe insistió sobre estos hechos repetidas veces y eso le costó el puesto... Yo seré más terco que él, porque me jugaré en ello la vida si es preciso...

Corbin creyó que era necesario un golpe de audacia, herir a aquel hombre en la fibra más sensible, y contestó medio amenazador, medio confidencial:

—Oiga usted, O'Neil... Una de dos: o usted pretende hacerme un favor, prestarme un servicio... o ha inventado usted un pretexto para entrar en mi casa...

—No hay nada de eso, caballero... El amor que yo siento por su hija de usted y que ocupa mi alma entera, no es bastante a hacerme apartar del cumplimiento de mi deber, porque yo, y óigalo usted bien, antes de aprender a amar, aprendí a tener vergüenza, a tener dignidad... Todo lo que acabo de decirle antes es la pura verdad... Esas pésimas construcciones White se encuentran en todas partes... pero esta vez son las vidas de centenares de niños inocentes lo que hay que salvar y no retrocederé ante nada, ni ante nadie... Si usted no quiere

escucharme, no faltará quien me escuche y entonces...

—¡Ah! ¿Pero se permite usted amenazarme?... ¡No olvide usted que está en mi casa y que no puedo tolerar...!

Y Corbin se disponía ya a pasar a las vías de la violencia cuando penetró en el despacho de su padre, Elena Corbin, que había oído los gritos de los dos interlocutores y reconoció la voz de Tomás...

Adelantó hacia ellos e interponiéndose entre ambos se abrazó a su padre...

—¡Papá... por Dios!... ¿Qué pasa?...

—Nada, hija, nada, son asuntos particulares entre el señor O'Neil y yo...—la contestó su padre, que no quería que Elena se enterara de sus manejos particulares y del crimen monstruoso que había preparado con Tadeo White.

Mientras hablaban padre e hija, Tomás dirigió su vista hacia la mesa en que Corbin había dejado los planos y los documentos del Orfelinato...

Una nota que pudo deletrear llamó sobre todo su atención...

Corbin comprendió que había que acabar aquel incidente, sin que trasluciera el porqué de aquel altercado... y le dijo a su hija fingiendo tranquilidad:

—No pasa nada, hija mía... ¿verdad, O'Neil?—Tomás bajó la cabeza como afirmando—. Ha sido una pequeña diferencia de criterio entre este señor y yo... pero acabaremos por ponernos de acuerdo... Déjanos acabar esta conversación... Sal, te lo ruego...

—Sí... salga usted, señorita Elena—articuló trabajosamente Tomás...

También él quería acabar cuanto antes aquella conversación...

Elena obedeció a las dobles súplicas y se dirigió hacia la puerta acompañada por su padre...

Aprovechando aquel momento, Tomás se apoderó de aquella nota que había llamado su atención y con verdadero estupor, más aún con indignación, leyó lo siguiente:

CONFIDENCIAL

Especificaciones para el nuevo Orfelinato Municipal

GAITAN y ABAD, Arquitectos.

Proporciones para el concreto:

Concreto ..... 1 parte

Arena..... 8 partes
Cascajo ..... 14 partes

Visto Bueno
JACINTO CORBIN

—¡Pero esto es horrible!... —exclamó para sí Tomás O'Neil —. ¡Esto es un verdadero crimen!...

Y como en aquel momento se dirigiera hacia él Jacinto Corbin, después de haber dejado fuera a su hija, le gritó agitando los papeles en el aire:

—¿Y esto... me negará usted ahora que es mentira lo que le decía antes?... ¡Esto es una villanía, señor Corbin!...

Corbin se tornó lívido... Aquellos papeles en manos de O'Neil eran su desprestigio público, la ruina de sus ambiciones de notoriedad... y quizá la cárcel...

Abalanzándose hacia Tomás trató de arrancarle por la fuerza los papeles de la mano:

—¡Desgraciado!... ¡Deme usted esos papeles!...—rugió con voz de trueno...

—¡Nunca!—contestó Tomás —. ¡No le entregaré estos documentos!... ¡Esto le pertenece al público!...

Entonces Corbin, al verse perdido, se sintió acometido de un vértigo de locura y sacando la pistola del bolsillo se dispuso a matar para ahogar en aquel hombre el secreto de sus crímenes...

Pero O'Neil no se inmutó... Con el rostro lívido de furor le dijo tranquilamente mientras adelantaba el pecho con nobleza:

—¡Tire si quiere!... ¡No me moveré!... Si fuera usted otro, me defendería... pero es usted su padre y prefiero dejarle hacer...

Y al ver un momento de indecisión de Corbin ante tanta nobleza, añadió:

—No; usted no tirará así... fríamente, porque cometería un asesinato con alevosía... Estos métodos repugnantes no cuadran en una persona tan bien educada como usted...

Y siguió con su voz melódica en la que vibraba la emoción tan largo rato contenida:

—Es muy cierto que con tales procedimientos puede ganarse muchísimo dinero,... pero... ¿no le remuerde la conciencia al pensar en las pobres víctimas que caen para satisfacer su estúpida vanidad?... ¡Yo tengo de qué saberlo... señor Corbin!... ¿Será tan malvada su alma que no se arrepienta

de haber causado la muerte de mis dos hermanos?...

En aquellos momentos se oyó a sus espaldas un sollozo desgarrador...

Los dos hombres se volvieron a un tiempo y vieron ante ellos a Elena Corbin, que había escuchado toda la conversación...

La joven se acercó lentamente...

Corbin al verla llegar dejó caer a sus pies la pistola e inclinó la cabeza sobre el pecho... Estaba avergonzado...

—¡Padre... padre!... ¿Qué has hecho, desgraciado?... ¿Qué necesidad tenías tú de eso?...

Y dirigiéndose a Tomás le dijo con los ojos cuajados de lágrimas:

—¡Tomás... por el amor que me tienes... por el amor que te tengo!... ¡Mira que se trata de la honra y la vida de mi padre!... ¡Yo te lo suplico!... ¡Devuélvele esos papeles... y olvida esta escena... y que Dios que todo lo ve y todo lo puede, perdone a este hombre y a ti te bendiga!...

Tomás ahogó un suspiro, miró a su amada y alargando el brazo, sin despegar los labios entregó a Corbin los codiciados papeles, que el millonario cogió instintivamente...

Luego, aquel muchacho de cara de niño y corazón de viejo, salió de aquella casa sin mirar atrás... avergonzado de sí mismo... llorando aquella debilidad que le había hecho por primera vez en su vida faltar a su deber...

Salió de la casa como un autómata y ya en la calle, anduvo, anduvo sin descanso para tronchar sus nervios, para fatigar su espíritu, para olvidar aquella escena de vergüenza y deshonor...

Y en aquella caminata, que nunca pudo decir cuanto duró, si horas o minutos, le parecía que le perseguían las sombras de sus hermanos, vengadoras, las siluetas de aquellos que murieron por los Corbin y los White... y aun las sombras amenazadoras de los que no tardarían en caer...

XI

Y SUCEDIÓ LO INEVITABLE

El pobre Tomás volvió a su casa en un estado imposible de describir... Estaba blanco como un sudario, lívido, desencajado, taciturno... En sus ojos no había brillo y su sonrisa admirable había muerto en sus labios para siempre...

Horrorizado de sí mismo, recordaba la escena ocurrida en casa de Corbin... Primero el descubrimiento del fraude en los materiales, las piedras halladas en los talleres White... luego el hallazgo de los planos, el cinismo de Corbin, sus amenazas... y la intervención de Elena... y su cobardía...

El amor, aquel amor en el que cifrara todas sus esperanzas de ventura, le había hecho deshonrarse...

Ya no podría levantar la cabeza ante las gentes... Se había vendido por amor, era un cómplice más de aquel fraude monstruoso... y responsable de lo que pudiera ocurrir en lo futuro...

¿Qué diría su jefe si lo supiera, qué dirían sus compañeros?...

¿Y qué le importaba si ya se lo decía él a sí mismo?

¡Y hablaba tan alto la voz de su conciencia!...

Su madre al verle entrar se asustó...

—¿Qué te pasa, hijo mío!...—le preguntó angustiada aquella mujer que ya sólo venteaba catástrofes...

—¡Nada, madre, no es nada!...

—¿Estás malo, hijo mío?

—¡No, madre, te lo aseguro?...

—¿Entonces?...

—No es nada, vuelvo a repetirle, madre...! Es que estoy cansado, asqueado!... ¡Yo no sirvo para estas cosas!

Calló un momento... Su madre le miraba con infinita amargura...

También a ella la cansaba ya la lucha con el dolor...

Tomás permaneció unos instantes silencioso con la cara oculta entre las manos... Por fin se incorporó y dijo con tono resuelto:

—Madre, te digo que ya estoy harto... Nosotros, los bomberos, no solamente luchamos contra el fuego, sino contra bandidos de levita, que... ¡nos vencen!...

Se detuvo un momento para tomar aliento, porque le ahogaban la cólera y la emoción:

—¡Ya ves lo que hemos sacado nosotros!... Perder a padre y mis dos hermanos... Y ahora con el último incidente se llenó la copa... Ya ves lo que le pasó al jefe... ¡Por mí parte, he concluído! ¡Por mí pueden tocar a fuego! ¡No volveré a vestir el traje de bombero!...

—¡Tomás!... — murmuró la madre.

Pero no se atrevió a decir más... Ella también veía que su hijo tenía razón sobrada para quejarse...

Y madre e hijo se encerraron en un mutismo huraño...

. . . . . .

. . . . . .

Han pasado unos días de los incidentes anteriores...

Aquella noche, como todas las noches desde aquella fecha memorable, Tomás no se ha movido de casa...

Su madre le contempla en silencio... Le da lástima verlo siempre tan pensativo, tan taciturno...

Ni una sola vez le ha visto sonreír desde aquel día...

¡Pobre Tomás!...

Y también la pobre madre llora... Piensa en sus hijos muertos y en aquel otro hijo que tan joven vive y vivirá con la tristeza en el alma...

De pronto la pobre mujer se estremece...

A sus oídos ha llegado un ruido de sobras conocido...

—¡Fuego!... ¡Dios mío, fuego!...

Ha sonado el primer toque...

¿Dónde será?...

Transcurren unos minutos de

angustia... María se dispone a subir a la azotea por si se descubren las llamas y puede calcular hacia donde es el fuego...

De pronto rasga los aires un silbido estridente...

Otro toque...

Y por sobre todos los dolores pasados y presentes, resucita en el alma de la mártir el sentimiento del deber...

Una voz imperiosa parece gritarle interiormente:

—¿No lo oyes?... ¡Hay fuego!... ¿Qué hace tu hijo que no va?... ¡Aun te queda un soldado en la familia!...

Y María O'Neil se acerca a su hijo presurosa y le suplica casi con lágrimas en los ojos:

—¡Tomás!... ¿No has oído, hijo mío?...

—Sí.

—¡Es el segundo toque de alarma... el de tu distrito!...

—¿Y qué?...—contesta Tomás indiferente.

—¿Cómo, y qué?...

—Sí, madre... Ya te he dicho que no voy más, que para mí eso ha concluído...

La pobre madre no insiste... Corre a la azotea y mira en las tinieblas de la noche...

¡Qué horror!... ¡El incendio es imponente!... Pero ¿qué ven sus ojos?... ¡Sí!... ¡Es el edificio recién inaugurado el que está convertido en un enorme brasero!... ¡Los niños!... ¡Los niños!... Hay que salvar a los niños!

Y aquella mujer toda heroísmo y abnegación desciende de la azotea y corre en busca del uniforme de su único hijo, del solo que hasta entonces le respetó la muerte...

En aquel momento, suena el tercer toque...

María O'Neil está loca...

—¡Tomás... el tercer toque!... ¡El Orfelinato está ardiendo!...

—¡Maldición!... ¡El Orfelinato!—grita como un loco Tomás, y arranca materialmente de las manos de su madre las prendas y empieza a vestirse a empellones, a puñetazos, sin saber cómo...

—¡Los niños...! ¡Los niños!... —grita desesperado...—¡Ah, canalla Corbin! ¡Ya te lo decía yo!...

. . . . . .

Entretanto en el cuartel de la Sección tercera, dentro de la tragedia del momento estaban desarrollándose escenas altamente cómicas...

O'Neil y Pierna de Palo han oído también el toque de fuego...

—¡Fuego!... ¡Fuego!...—grita como un loco el viejo bombero,

como si aquello fuese para él un acontecimiento venturoso.

¡Con las ganas que tenía él de que le llegase el turno!...

—¡Pero ca!...—se dice para dentro—. Será como siempre, pequeño... Lo apagarán pronto y nosotros nos quedaremos con las ganas...

Y él y Pierna de Palo van de un lado para el otro disparándose verdaderas andanadas de frases gruesas...

—¡No te alegres por anticipado, viejo loco... que no llegarán aquí!... ¡Ya te he dicho muchas veces que si quieres ver un fuego tendrás que encendértelo tú mismo!...

¡Otro silbido estridente!... ¡La segunda alarma!...

—¡El segundo toque de alarma!... ¿Qué dices ahora?...

Pierna de Palo, aunque todavía no quiere darse por convencido, no puede por menos de murmurar para su capote:

—¡Demonio... esto va de serio!... ¡Se saldrá con la suya ese vejestorio?...

Pero el abuelo no le da tiempo a continuar en sus reflexiones y le grita autoritario:

—¡Pronto, viejo fósil... sube la presión!... ¡Hay que estar preparados a todo evento!...

El cojo por esta vez obedece sin rechistar...

En sus pesebres los caballos del retén piafaban inquietos... Los inteligentes animales parecían oler el fuego, adivinar el peligro y sentían como personas la necesidad imperiosa de ir a combatirlo en seguida...

¡Inteligentes animales!...

O'Neil, el abuelo, que quería todo lo del parque como si fuera suyo y a sus animalitos como hijos, se acercó a los pesebres y acarició sonriendo a las pobres bestias:

—¡Calma, viejecitas... que ya saldréis si el incendio se propaga!... ¡Todavía no ha llegado nuestro turno!...

Lo que no les decía el viejo es que él estaba tan impaciente o más de lo que estaban ellas...

Pierna de Palo continuaba aumentando la presión de las calderas para estar listos en el momento oportuno...

¡Otro silbido!... ¡El tercer toque de alarma!...

—¡El tercer toque!... ¡El tercer toque!...—gritaban ya a duo O'Neil y Pierna de Palo...

Aquello hacía tiempo que no había ocurrido... ¡Se acercaba... se acercaba! Debía ser un incendio terrible para que de

aquel modo se recurriese a todas las reservas...

Los bomberos de la tercera sección acudían a toda prisa por todas partes... Llegaban sudorosos, jadeantes, abrochándose las guerreras... acabando de vestirse por el camino...

—¡Pronto... pronto muchachos!...—les azuzaba el viejo O'Neil—. Que me parece que esta noche nos toca....

Y luego para estar preparados les dijo, autoritario:

—¡A ver!... ¡vamos a hacer los acostumbrados ejercicios de un simulacro de incendio... ¡Andar ligeros y que cada uno ocupe su puesto!...

Y aquellos hombres a los que la inminencia del peligro daba movimientos de máquina, obedecieron con una precisión matemática las órdenes de aquel hombre encanecido en el oficio...

El mismo Pierna de Palo no pudo contener su admiración:

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritó entusiasmado.

—¿Qué te figurabas, zopenco?...

Había que ver a los bomberitos, a los alumnos del viejo O'Neil, con qué precisión preparaban carros, mangas, bombas, escalas...

En un momento fué cada uno a donde estaba su equipo y como a toque de corneta, como piezas de una misma máquina, cayeron sobre sus cabezas los cascos, las cuerdas a su cintura, empuñaron sus picos y fueron a colocarse en el lugar designado de antemano para saltar a los grandes carros y volar en auxilio de sus semejantes...

¡El ejército de la Paz estaba listo para la batalla suprema!...

Y ocurrió lo inesperado, lo que allí no ocurría más que una vez cada cien años...

¡Sonó otra vez el silbido fatídico!... ¡El fuego crecía por momentos!...

—¡El cuarto toque de alarma!...—gritó Pierna de Palo a tiempo que Tomás llegaba apresuradamente para reunirse con sus compañeros...

—¡Nos tocó!... ¡Al fin nos tocó!...—gritaba el viejo, alborozado—. ¡Ahora verán cómo acaba con el fuego el abuelo O'Neil!...

Y volviéndose a sus hombres ordenó enfático, como si en aquellos momentos fuera un capitán General con mando en plaza:

—¡Preparados, muchachos!... ¡A sus puestos todo el mundo!...

¡Abrid los pesebres... enganchad!...

Aquellas órdenes eran ejecutadas con más prontitud, que dichas...

Y ocurrió algo admirable... Los animalitos, las viejas yeguas acostumbradas a obedecer aún mejor que los hombres, salieron como centellas de sus pesebres y ellas mismas fueron a colocarse en los sitios de enganche a los lados de las lanzas de tiro...

Faltaba la última operación y de esa se encargó Tomás...

Cuando el viejo O'Neil dió la voz de ¡Listos!... Tomás cargó con su abuelo como si fuera un chiquillo y sentándolo en el pescante y poniéndole las riendas en la mano, saltó a su lado con presteza...

—¡En marcha!...

Sonó el látigo, dió el viejo la voz, y la campana intermitente salió como una tromba de las cocheras...

XII

El heroísmo de Tomás

En aquellos momentos el abuelo O'Neil no se cambiaba por nadie...

¡Así es el mundo!... Lo que para unos es motivo de espanto, de horror, es para otros satisfacción de aspiraciones, alegría de ansias insospechadas...

Y no es que el buen abuelo fuera malo, tuviera el alma ruín... ¡No!

Es que para aquel hombre el fuego era un conocido antiguo, de mal genio, eso sí, pero con el que tenía costumbre desde niño de dialogar con frecuencia....

Algo así como un Pierna de Palo con llamas... y aun cuando más de diez veces le molestaban sus pullas, sentía la necesidad imperiosa de reñir con el amigo gruñón...

Empinándose sobre el pescante azuzaba a las bestias con la voz, con el gesto, con el látigo...

La pobre Azucena se portó aquella noche bravamente...

Y el bueno del abuelo O'Neil iba hablando solo en voz alta...

—¿Qué te parece, Tomás?... ¡Y luego decía el granuja de Pierna de Palo que Azucena no podía con los huesos!... ¡Mírala... mírala!...

Decimos que hablaba solo porque Tomás no le oía... Tenía verdadera impaciencia por llegar al lugar de la catástrofe...

Cada niño muerto, cada víc-

tima inocente en peligro, le parecía a él que era un asesinato cometido por su debilidad...

Si no hubiera obedecido a la voz del amor, si no hubiera devuelto los documentos comprometedores y hubiera denunciado el abuso cometido, el incendio no se hubiera producido...

También él hablaba solo... Hablar no, rezaba...

—¡Elena... Elena... Elena!... —repetían sus labios...

—¡Arre Paloma, Azucena... Blanquita!...—seguía el abuelo entusiasmado...

Delante de ellos corría rando el automóvil gigante de la Sección segunda.

—¡Conque automóviles... y los viejos a un rincón?... ¡Ahora veréis!...

Y se empezó un duelo terrible entre los dos coches... Los caballos bajo la mano férrea del viejo bombero hacían prodigios de velocidad... El carro de O'Neil avanzaba a ojos vistas...

—¡Ale, viejecitas... un poquito más y pasamos a esos gandules!... ¡Así... un poco más!... ¡Ahora... ahora!... ¡Hurra... hurra!...

¡Y pasó!... El armazón de acero se quedó atrás... y el armatoste endemoniado siguió su camino como un monstruo infernal hacia el lugar del siniestro.

O'Neil inclinándose en el pescante cuanto pudo le gritó al chófer de su rival en marcha:

—¡Chincharos!... ¡Ahí os quedáis, gandules!... ¡Automóviles a mí!... ¡Tendría que ver, a mis años!...

Desde una gran distancia empezaron a distinguir el resplandor gigante del incendio... Todo el cielo en cuanto alcanzaba la vista estaba rojo... color de sangre...

Era un espectáculo imponente que llevaba a los ánimos el escalofrío del espanto.

Y ese horror era aún más terrible al considerar que allí en aquel brasero gigante lo que ardían eran pobres criaturitas indefensas... las niñitas del Orfelinato...

Como Tomás sabía esto, y como de aquello creía él que le correspondía un tanto crecido de culpa, su angustia era aún mayor... y sus ansias de llegar y salvar, aunque fuera a costa de la suya, la vida de aquellas infelices, infinitas...

Por eso alentaba al abuelo en aquella carrera desenfrenada hacia el lugar de la catástrofe...

Y llegaron, y entonces aumentó la angustia de Tomás,

porque aquello no tenía remedio...

Del Orfelinato Municipal, de aquel edificio *soberbio*, orgullo de un millonario sin conciencia, no quedarían ni las paredes...

. . . . . .

¿Cómo se había declarado el incendio?

Casualmente... Sería esa la explicación del mañana...

En el Orfelinato dormían todas en sus camas, huérfanas y guardianas... Todo parecía en calma y la noche había esparcido su silencio sobre la ciudad dormida. Y de pronto, en los amplios dormitorios penetraron de improviso las llamas y las durmientes se despertaron sobresaltadas...

Se sucedieron unos momentos de pánico imposibles de describir... Las pobres víctimas de la avaricia y el egoísmo corrían alocadas de un lado a otro, atropellándose, tratando en vano de alcanzar la salida...

En su mismo aturdimiento no la alcanzaban y de tumbo en tumbo iban a recaer en el mismo sitio...

Algunas, no obstante, lograron salir, asomarse a las ventanas, demandar auxilio y como los materiales de construcción, aquellos materiales que habían servido para conceder a Jacinto Corbin el título tan ambicionado de benemérito de la ciudad, ardían como yesca, pronto las llamas fueron vistas desde todo Nueva York y no tardaron en acudir los primeros auxilios...

La mayoría de aquellas infelices fueron salvadas tras esfuerzos inauditos...

Las restantes, en espera de serlo a su vez, corrían a las habitaciones mayores, a los dormitorios, y se apelotonaban en el centro a donde no llegaban las llamas.

Aquello duró horas... Las bombas eran impotentes para localizar el incendio. El jefe de los bomberos, desesperado, decía:

—¡Mientras quede una pared en pie no se apagará esa maldita hoguera!... ¡Lástima no se encuentre dentro la Comisión entera de Edificación!.. ¡Ahora quizá se acordarían de mis palabras!...

Fué en aquellos críticos momentos cuando llegaron al lugar del siniestro los bomberos de la Sección tercera...

Tomás saltó a tierra y sin obedecer más voz que la de su propia conciencia, se precipitó hacia la primera escalera que encontró a mano...

El jefe encargado de ella le gritó asustado:

—¿Dónde vas, O'Neil?... ¿No ves que ahí está la muerte?

—¡Y a mí qué me importa!... —contestó entre dientes Tomás.

Y siguió gateando hasta llegar a una de las ventanas...

Tenía razón su compañero: aquello era un verdadero infierno... Ni él mismo supo cómo atravesó por entre aquella muralla de llamas...

Pero pasó y despreciando el peligro empezó a recorrer las habitaciones medio derruídas...

—¡Socorro!... ¡So...co...rro!...

Una voz medio ahogada llamaba desesperadamente desde el centro de aquel brasero infernal...

¡Una niña!... ¡Podría salvar una niña!...

Y sin pensar en más, avanzó intrépido... Pasaba sobre las puntas de los pies andando por encima de un tablón medio carbonizado... Un poco más de peso del ordinario y el tablón se hubiera hundido en una verdadera caldera de Pedro Botero.

Tomás no veía el peligro...

Corría hacia donde la voz seguía gritando cada vez más débil:

—¡Socorro!... ¡So...co...rro!...

Y de pronto sucedió lo inevitable...

Uno de los tabiques se hundió con estrépito, y alcanzado por los restos, Tomás rodó por los suelos como un pelele...

Por el agujero abierto, por el tabique derrumbado, entró una llamarada siniestra... humo... gases...

Afortunadamente las heridas de Tomás eran leves... Lo que le impedía levantarse era un tablón que le aprisionaba las piernas...

Empezó a forcejear y cuando ya estaba a punto de lograr sus propósitos notó que la asfixia empezaba a surtir sus efectos...

Pobre muchacho. No le temía a la muerte en aquellos momentos y aun más de una vez murmuraron sus labios:

—¡Hilario... Joaquín... esperadme un rato que allá voy!...

Lo que le atormentaba, lo que le hacía sufrir horriblemente era que seguía llegando a sus oídos aquella voz angustiosa, desesperada, que era para él como un grito de maldición:

—¡Socorro!... ¡So...co...rro!...

¡Oh... y no podía... no podía auxiliar a aquella desventurada!...

¡Salvarla... aunque muriera después!... ¿Qué le importaba la

vida cuando sabía que peligraba la de un semejante... y más por su culpa?...

¡Por fin pudo librarse del madero y empezó a arrastrarse trabajosamente por el suelo!... ¡Llegaría hasta allí fuera cómo fuera y, o moriría, o salvaría a aquella víctima inocente!...

Por fin Dios pareció apiadarse de él y en el momento en que ya iba a sucumbir quiso la casualidad que una de las mangueras de sus compañeros dejara entrar el chorro líquido por la abertura de lo que fué una ventana...

A rastras se acercó y puso la cara de pleno al choque del agua... La impresión fué grande, pero el beneficio inmediato... Como pudo bebió ávidamente... Volvió el aire a sus pulmones y reconfortado por aquella ayuda providencial logró ponerse en pie, y aunque vacilante aún, se dirigió hacia donde no dejaba de oirse el grito desesperado de auxilio, que sonaba sin descanso.

—¡Socorro!... ¡So...co...rro!...

Al menos podría borrar aquel remordimiento que le atenazaba desde que estuvo en aquella casa maldita, en la que con pretexto de la caridad, se martirizaba a los humildes, se les llevaba a la muerte, se les condenaba de antemano al sacrificio y lo que es peor, se preparaba su suplicio con cinismo, con alevosía, con una premeditación que sólo en los preparativos era un verdadero crimen.

Y Tomás al oír la llamada angustiosa, al sentirse próximo a aquella nueva víctima del egoísmo de Corbin, se sintió más hombre, sintió que en él renacía el espíritu de sacrificio de su raza, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, llegó hasta el sitio donde gemía aquella infeliz huérfana, a la que habían dejado abandonada sus compañeras en un movimiento de egoísmo, disculpable después de todo.

Era una muchachita de unos doce a trece años de edad... La pobrecilla estaba acurrucada en un rincón de uno de los dormitorios, medio muerta de miedo... El espanto no la dejaba moverse... Sólo de cuando en cuando murmuraban sus labios, como en una plegaria, aquella palabra, que era su recurso supremo:

—¡Socorro!...

Las llamas llegaban ya hasta su último refugio y la infeliz desheredada cuando vió llegar

a Tomás lanzó un grito semejante a un alarido...

¡Iba a salvarse... alguien se había acordado de ella!...

Y sus bracitos se aferraron al cuello del bombero y de su pecho brotó un suspiro de alivio...

Tomás sin oír más voz que la de su alma buena, sin pensar en el peligro se dirigió hacia donde estaba la pobre muchacha y cogiéndola en brazos trató de hallar la salida de aquel infierno...

Las llamas los rodeaban por todas partes y sólo allá en el fondo de lo que el incendio transformaba en sala única, se vislumbraba una ventana para llegar al exterior...

Aquella abertura era la salvación... pero para llegar allí había que atravesar por entre un infierno de llamas...

El heroico muchacho no vaciló...

Allí estaba la muerte casi segura... pero allí podía encontrarse también la salvación.

No pensaba en él en aquellos momentos... Con la niña en brazos revivía la escena del despacho de Corbin... la piedra muestra de aquella maldad, los planos, los documentos que le revelaron la trama de aquella intriga, que ya vió él que sería sangrienta...

Y jugándose la vida una vez más siguió sobre aquel brasero siniestro hacia el único camino que veía abierto ante sus ojos espantados...

Entretanto, abajo, sus compañeros seguían con verdadera angustia su estancia en lo que ellos consideraban el feudo de la muerte, y a decir verdad nadie esperaba que saliese con vida...

Cuando Tomás con la niña en brazos se asomó a la ventana y reclamó auxilio, acababa de resonar la voz del jefe gritando:

—¡Abajo las escaleras, abajo todo el mundo!...

Los restos del edificio que aun se mantenía en pie por un milagro de equilibrio, amenazaban en su derrumbamiento con alcanzar a salvadores y salvados.

Era una verdadera temeridad el mantenerse cerca de aquel horno de desdichas.

Pero al ver aparecer a Tomás envuelto en llamas en lo alto de la casa, el jefe volvió atrás la orden y dijo a sus hombres:

—¡Muchachos!... ¡Se trata de salvar a un héroe!... ¡Nuestras vidas si es preciso por él!...

Y en un momento volvieron

a desplegarse las escalas, se distendieron los brazos de madera y Tomás pudo ver como llegaban hasta él los maderos salvadores...

Un compañero que en una emulación de heroísmo alcanzó en el extremo de la escala hasta el mismo alféizar de lo que fué ventana, cogió la niña en brazos y entonces Tomás mirando a su abuelo que contemplaba el espectáculo horrorizado desde el pie mismo de aquel edificio siniestro, le gritó orgulloso por una vez de sí mismo:

—¡Abuelo... mira bien!... ¡Verás como no soy miedoso ni distraído!...

Y a sus compañeros que ya no le creían con vida les dijo animoso:

—¡Desplegad la lona, que allá voy!...

Y desde una altura que superaba a los 25 metros de aquel ensayo del Campo de Maniobras, se dejó caer en el vacío sin vacilación, como si para él fuese un recreo encontrar la muerte...

Su audacia fué su salvación...

Aun no hacía dos minutos que había tocado la lona y que recibiera las felicitaciones de sus jefes y de sus amigos, cuando los restos del edificio traidor se derrumbaban con estrépito entre un chorro de chispas y un llamear de carbones encendidos...

La huerfanita salvada le sonreía entre los brazos de sus compañeros...

Aquella vida era de él... Era su premio... Mataba el remordimiento...

Y Tomás dirigiendo sus ojos a lo alto, hacia el cielo estrellado, murmuró como si hablase a alguien invisible:

—¡Gracias... gracias!... ¡Por lo menos, si culpable, he pagado mi tributo de complicidad en este crimen!...

. . . . . .

Allá en su palacio suntuoso, rodeado de comodidades, Jacinto Corbin se enteró del siniestro cuando con varios amigos celebraba sus triunfos como financiero, como millonario... y como filántropo...

Cuando vinieron a llamarle a la realidad, cuando supo el desenlace de aquella su hazaña de grandeza... figurada... recordó lo que días antes le dijera aquel humilde bombero... y Jacinto Corbin supo de los amargores del arrepentimiento.

XIII

EL PREMIO DE UN HÉROE

Con la satisfacción del deber cumplido, volvió la calma al espíritu de Tomás O'Neil...

Los bracitos de aquel ángel rodeando su cuello, bañando su rostro las lágrimas de aquella niña, fué la mejor recompensa para el heroico muchacho...

En aquellos momentos no se hubiera cambiado por nadie, le parecía que era más hombre, más bueno, más guapo...

Sólo quedaba en su alma un dolor...

Elena...

Y como si Dios quisiera premiarle también de aquella manera, en las mismas horas en que él pensaba en su amada como una cosa inaccesible, en el palacio de los Corbin, el financiero sentía por primera vez en su vida la tenazón del remordimiento...

El siniestro del Orfelinato provocado por su sórdida avaricia, fué un aviso del cielo...

Sólo él era culpable de las vidas perdidas, de la ruina y el dolor de tantos hogares...

¿De qué le servía ahora que días antes le hubieran dado la satisfacción de aplicarle epítetos halagadores si todo aquello lo había pagado con sangre de mártires?...

Por su estúpida vanidad vestirían de luto muchas familias...

Y aquel hombre sentía asco, horror de sí mismo... Por un millón más en sus arcas, cuántas vidas perdidas...

El oro aquel amasado con sangre le quemaba las manos...

Y pensando detenidamente en todo lo ocurrido desde la malhadada sesión de la Comisión de Edificaciones, vino a su memoria el descubrimiento de Tomás O'Neil...

Aquel muchacho vino a avisarle a tiempo, para que arrepentido de su egoísmo hubiera podido evitar la catástrofe... y él no sólo no le hizo caso, sino que lo arrojó de su casa, le negó el amor de su hija, único premio que solicitaba su honradez...

Pero él repararía aquella falta...

Por su culpa habían sucumbido los dos hermanos, Hilario, Joaquín... Debía pagar aquellas vidas... y las pagaría...

Elena amaba a aquel hombre y para Tomás la única ambición, el único anhelo de su vida era la posesión de Elena...

Pues bien: se la daría...

Que se casaran, que fuesen dichosos...

Por lo menos tendría un hijo con un corazón noble y puro... ¿Qué falta le hacían al marido de su hijo los millones, si él los tenía de sobra?...

Y rompería sus relaciones criminales con White, aquellos contubernios vergonzosos que le habían hecho cien veces criminal...

Cuando se precisó aquella resolución en su alma, se sintió más tranquilo, más feliz y por primera vez en tantos años respiró sereno...

Cuando Elena supo aquella determinación de su padre, cuando éste la dijo que accedía a su boda con Tomás O'Neil, con su bomberito querido, la muchacha le saltó al cuello y le besó ruidosamente ebria de contento...

Además, casándose con él, sería la esposa de un hombre honrado, de un verdadero héroe...

. . . . . .

Tomás había vuelto a su casa y su pobre madre al verlo llegar ileso, lloraba y reía de alegría...

¡Pobre madre!...

Cada vez que la campana siniestra anunciaba un incendio, aquella buena mujer, aquella buena madre experimentaba angustias indecibles...

Ya no le quedaba más que un hijo... ¡Que no muriera como los otros!... Era su único consuelo...

Todo el tiempo que duró el fuego se lo pasó rezando, rezando para que Dios se lo guarda-

ra... y Dios la oyó y Tomás volvió a sus brazos...

El abuelo estaba entusiasmado de la valentía, del arrojo, del heroísmo de su nieto y Tomás le decía sonriendo:

—¡Ahora no dirá usted, abuelo, que soy miedoso y distraído!... Creo que me aprendí bien las lecciones que me dió...

—El y yo...—intervino Pierna de Palo.

—¿Tú?...—gruñó el abuelo irascible—. ¡Como no le enseñes a romperse una pierna!... Es lo único que hiciste bien en tu vida... ¡No he visto cosa más inútil!... Ahí tienes a Azucena *que no podía con sus huesos*... y mira si ha podido... Vale cien veces más que tú...

Aquella batalla diaria entre los dos viejos no la acababan todos los incendios del mundo...

Sus lenguas eran peor que llamas... Si les hubieran mandado callar y vivir en paz se hubieran muerto...

. . . . . .

El arrepentimiento de Corbin, su afán de reparación, le llevó hasta intervenir para que el jefe del Cuerpo de Bomberos fuera repuesto en su cargo, quedando sin efecto la destitución...

Jacinto Corbin, reconoció sus yerros y confesó noblemente su culpa...

En lo sucesivo sí que sería un verdadero filántropo y daría a los pobres todo lo que un momento de extravío les robara...

La noticia de la rehabilitación del jefe, fué recibida en el Cuartel general con un entusiasmo delirante...

Aquel hombre era para los soldaditos del ejército de la Paz un verdadero padre...

En los momentos de peligro estaba en todas partes, alentándolos, animándolos con la voz y con el ejemplo, y cuando los desgraciados caían en la lucha, no se retiraba de la cabecera de su lecho de dolor hasta verlos completamente fuera de peligro...

Afortunadamente, aquella vez no hubo muertos... Heridos sí... incontables... Y cuando pasados unos días, repuestos ya los soldados caídos, se pensó en honrar a los héroes, aquel hombre admirable conoció las mieles del triunfo, la rehabilitación pública...

En el mismo Campo de Maniobras donde demostrara meses atrás, que sus hombres no eran *inútiles*, como dijera un día Tadeo White, tuvo lugar la ceremonia solemne de premiar a los

héroes, caídos y presentes...

En las tribunas se apretujaba la gente y también como entonces estaba allí Jacinto Corbín, pero ahora arrepentido de sus errores y queriendo dar también su premio a aquel puñado de valientes...

Tampoco faltaba—¡cómo había de faltar!—la encantadora Elena, que para que la alegría de Tomás fuera más completa, llevaba de la mano a la niñita que el bombero salvara de entre las llamas y a la que Corbín había prohijado...

Antes de la ceremonia pudieron hablar los dos novios...

—¡Tomás!...

—¡Elena!...

—Tengo una gran noticia que anunciarte, Tomás...

—Viniendo de ti, siempre será buena...

—Es el premio que mejor acogerás... Mi padre ya no se opone a nuestras relaciones...

—¿De veras?...

—¡Sí!...

—¡Elena querida!...

—Me ha autorizado para que te lo diga...

—¡Oh, gracias, gracias!...

—Nos casaremos cuando quieras...

—¡Ahora mismo!—estuvo a punto de decir Tomás, el impaciente Tomás...

Y no lo dijo, pero había tanto fuego en sus ojos, brillaba en ellos con tal fuerza la alegría que Elena adivinó su pensamiento y le tendió ambas manos, como si quisiera entregarse anticipadamente...

—Papá está muy arrepentido de lo pasado y me dijo ayer que para estar completamente tranquilo sólo le faltaba estrechar tu mano leal...

—Yo se la daré con gusto... Reconocer las culpas es una acción noble... Ahora sí que es un verdadero caballero...

Y aquellos dos corazones a los que por fin se dejaba quererse libremente se miraron en el fondo de los ojos con una alegría infinita...

La señora O'Neil, que los miraba de lejos, sintió que en sus ojos temblaba una lágrima...

¡Al menos aquél sería feliz!...

Llegó el momento solemne de la entrega de premios...

Después de tantas amarguras, retornaba la calma a los luchadores... Los soldados del ejército de la Paz también entonaban su himno triunfal a la victoria alcanzada a costa de tantos sacrificios...

Tenían también su cacho de gloria...

Formados en fila los que más se distinguieron en los salvamentos últimos recibieron de manos de su jefe la preciosa recompensa...

Y aquel hombre entero al clavar en el pecho de los héroes la preciada medalla, les dijo en voz alta, velada por la emoción:

—A nuestros héroes vivos y muertos... a las madres de éstos, que sin objeción nos los dieron en sacrificio... A todos ellos venimos a presentar el más alto tributo: ¡La medalla de honor!...

Y uno a uno fué condecorando a todos aquellos valientes...

También la madre O'Neil lució aquel día sobre su pecho el premio a sus sacrificios, a su heroísmo... que heroísmo y grande era el de aquella mujer que le dió a la muerte cuanto tenía...

Cuando terminada la ceremonia se encontraron solos la madre y los dos novios, Elena estrechando a la anciana entre sus brazos la dijo conmovida:

—Perdió usted dos hijos, señora, pero consuélese: conmigo tendrá otro amor... una hija más para adorarla...

—¡Gracias, gracias, hija mía... ya te quería hace tiempo!... ¡Al menos serás mi alivio en la vejez!... ¡Falta me hace que me consuelen, porque sufrí mucho en este mundo!...

—Pues ahora se acabaron las penas, madre mía...

Tomás las miraba arrobado y sonreía satisfecho...

Elena volvióse hacia él y cogiendo en brazos a la niñita salvada por el héroe, la dijo mirando a su novio:

—Mira, muñequita... éste fué tu salvador... ¡has de quererle mucho siempre... porque es muy bueno!...

—¡Sí, señora!...—contestó la pequeñuela.

Y la señora O'Neil, como corroborando las palabras de Elena, la dijo:

—¡Tomás fué siempre muy bueno... seréis felices, hija mía!

—¡Oh, sí!... ¡Sólo de pensar que he de casarme con él, que ya no nos separaremos nunca, soy ya infinitamente feliz...

El regreso a la casa fué lento... La alegría les hacía torpes y no se resignaban a separarse...

—¡Si vivieran Hilario y Joaquín!...—murmuraba la pobre madre mirando con ternura a los prometidos—. ¡Entonces sería completamente feliz!...

. . . . . .

Aquel día por primera vez,

en un número de años incontable, no riñeron el abuelo O'Neil y el celebérrimo Pierna de Palo...

La felicidad había puesto una tregua a sus rencillas...

Brígida ya no se atrevía a llamar Tomasín a su amo y no le volvía a cantar aquella copla burlona:

Cuando los chicos se afectan e intrigo
cuando enamorados pretenden estar...
se lavan el cuello sin que se lo diga
se peinan y arreglan, sin nunca acabar

¡Cualquiera le gastaba burl a todo un señor condecorado y que además iba a ser millonario dentro de poco!...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La grandiosa producción PARAMOUNT

La Castellana del Líbano

interpretada por los célebres artistas
ARLETTE MARCHAL, IVAN PETROVICH,
etc.

Siempre encontrará usted los mejores asuntos en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En preparación: BEN HUR, *por Ramón Novarro,*
LA MARIPOSA DE ORO,
por Lily Damita,
LA HUÉRFANA DE POMPEYA,
por Leda Gys

NÚMEROS PUBLICADOS

EN LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

La Viuda Alegre - El Gran Desfile - Miguel Strogoff o El Correo del Zar - La Princesa que supo amar - El Coche número 13 - Sin Familia - Mare Nostrum - Nantás, el hombre que se vendió - Cobra - El Fin de Montecarlo - Vida Bohemia - Zazá - ¡Adiós, Juventud! - El Judío Errante - La mujer desnuda - Casanova, El galante Aventurero - Hotel Imperial - La tía Ramona - Don Juan, el burlador de Sevilla - Noche Nupcial - El séptimo cielo - Beau geste

que han constituído otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.